



ALAR BENET

TRAS EL TELON DE ACERO



OBRAS PUBLICADAS DE ALAR BENET.

EN F. B. I.:

- «La rebelión de los muertos», núm. 14 (2.^a edición).
- «El delator», núm. 21.
- «El coloso de hierro», núm. 29.
- «Muerte en el Caribe», núm. 34.
- «La promoción de la muerte», núm. 42.

EN PREPARACION:

El genio del mal.

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
- » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
- » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
- » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
- » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
- » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
- » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
- » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
- » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
- » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
- » 32.—NUEVA YORK - SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
- » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
- » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
- » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
- » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
- » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
- » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
- » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
- » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Harou.
- » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
- » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
- » 43.—
- » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
- » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
- » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Mulphy.
- » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
- » 48.—

En preparacion:

ALASKA, FINAL DE RUTA

«La buena voluntad no es buena por lo que efectúe y realice, no es buena por su adecuación para alcanzar algún fin que nos hayamos propuesto; es buena sólo por el querer, es decir, es buena por sí misma.»

(Fundamento de metafísica de las costumbres, de Kant.)

I



N el crepúsculo vespertino, el horizonte sangraba. La estepa rusa era un inmenso mar de hielo. De los montes Urales, de la Siberia, cual si fuese el aliento de los forzados, llegaba un aire frío que iba congelando las aguas del Vitcheгда, en las proximidades de Kotlas. Los lobos hacían oír su monótono himno de muerte.

Sin embargo, pese a la crudeza del invierno y a los múltiples peligros, un hombre, cubierto de pieles, sobre un «tachanka»[1]) tirado por dos caballos y provisto de anchos deslizadores, recorría la llanura. Su rostro denotaba una firmeza límites. Al alcance de su mano descansaba un moderno rifle de repetición.

El viajero, inquieto, volvió la cabeza, como si temiera ser perseguido. Estaba haciendo el recorrido desde Veliki Ustyug a

Kotlas en pésimas condiciones. No había podido encontrar perros, viéndose obligado a servirse de un vehículo más propio para las grandes ciudades. Los corceles resbalaban frecuentemente.

Con marcadas muestras de zozobra fué escuchando cómo se aproximaba el horrísono concierto de aullidos que venía acompañándole de varias millas atrás. Al fin, los primeros componentes de la manada se dejaron ver a retaguardia, un poco a la derecha. Sin duda, los feroces carnívoros habían estado agrupándose antes de desencadenar el ataque.

El hombre hostigó más a los caballos, que, en un supremo esfuerzo, aumentaron la marcha. La situación hacía por segundos extremadamente difícil. Aún le quedaban muchas horas antes de alcanzar el poblado más próximo. Sintió que el sudor resbalaba por su frente, helándosele a los pocos segundos. ¿Miedo? No. El jamás supo de cobardías. Era únicamente ira y dolor por no poder cumplir la alta misión que le fué encomendada.

Durante cerca de una hora continuó la trágica carrera. El individuo hacía todo lo posible por acercarse a la margen izquierda del río Sujona.

En un último recurso, pensaba cruzar la corriente de agua a nado, con riesgo de congelarse.

Todo antes que perecer destrozado por las mandíbulas de los lobos.

Más los pequeños animales le estaban dando alcance ya. Era una gran manada con más de cien componentes.

Sujetó las riendas a una de sus piernas y, volviéndose, hizo fuego por tres veces. Otros tantos carnívoros se desplomaron sin vida, para ser devorados por sus compañeros. Los caballos daban muestras de profundo terror. El hombre no se molestó en apaciguarlos. Si se desbocaban aumentarían la velocidad de la desesperada fuga.

Las sombras habían cubierto la nieve dándola un color pardusco, como el hábito de un monje.

Los lobos, abiertos en herradura, distaban apenas si diez metros del viajero, el cual vació el cargador del rifle, que abandonó por inservible. ¡No le darían tiempo de reponer las municiones! Esgrimió un revólver, disparando contra uno de los conductores de la manada que, más audaz, intentaba saltar sobre los corceles. El

animal se desplomó con el cráneo destrozado. La puntería del tirador era extraordinaria.

Sus oídos estaban atronados por el terrible con cierto de los carnívoros, que se agrupaban en torno a sus compañeros muertos, para después reanudar la caza que parecía inminente.

El espectáculo era fantástico. El hombre, erguido sobre el pescante, azotaba a los caballos mientras iba exterminando el mayor número posible de perseguidores.

Con mano nerviosa llenó de proyectiles el tambor del revólver y apenas hubo terminado cuando se vió precisado a hacer fuego de nuevo. Los lobos corrían ya a su altura, cruzándose por delante del vehículo. El látigo chasqueó en el aire y, de modo increíble, el «tachanka» aumentó la marcha proporcionando una tregua al que parecía condenado a la más horrible de las muertes. Recargó las dos armas para vaciarlas casi inmediatamente. Varios animales más rodaron muertos o heridos, pero sus compañeros, desdeñándolos, iniciaron, el ataque final.

El hombre se consideraba perdido cuando a su derecha sonó un disparo y una voz de mujer le gritó en la noche.

—Rápido. Métase con trineo y todo.

A los ojos asombrados del viajero se abrió la ancha puerta de una especie de corraliza que comunicaba con una casa de campo. La constante lucha no le permitieron divisarla antes. Los caballos, presintiendo la salvación, penetraron veloces en el amplio cercado cubierto, mientras fuera sonaban más detonaciones.

Se disponía a saltar del «tachanka» cuando las puertas de madera se cerraron a sus espaldas.

—Gracias —dijo sin ver a su misteriosa salvadora—. La situación era insostenible.

—Pase y no se preocupe de los corceles —le respondió la femenina voz—. Pedro Pavlenko se encargará de ellos.

Precedido por la mujer transpuso una puerta encontrándose en un amplio comedor. Lo primero que sus ojos vieron fue un icono, alumbrado por dos lamparillas, y a su derecha un mueble biblioteca conteniendo numerosos volúmenes. Al fondo ardía el fuego.

—Siéntele, señor...

—Andrei Yegorov, para servirla.

La muchacha, volviéndose por primera vez, se presentó también:

—Me llamo Olga Maxinovna. Considérase en su casa. Acérquese a la chimenea. Es muy cruda la noche.

El viajero, despojándose de la gran chaqueta, acolchada interiormente, obedeció en silencio. El crepitar de las llamas hízole sentir una dulce sensación de hogar. Fuera, contrastando con la paz que reinaba en la casa, los lobos aullaban su impotencia. Olga, con la cabeza entre las manos, parecía ignorar al desconocido. El silencio, hízose insoportable. Andrei dijo:

—Perdón si la molesto —ella alzó la cabeza y él continuó—. A no ser por usted ya no existiría.

—Cualquiera hubiese hecho lo mismo —fué la sencilla respuesta—. Lo que siento es no poderle invitar a nada. Carecemos de provisiones. Nos las robaron ayer.

—¿Bandidos por estas regiones?

La joven sonrió en forma indefinible. Repuso:

—Miembros del Departamento Político de los pueblos, auxiliados por el Comité Regional.

El recién llegado miró a su interlocutora parar decir:

—¿Y no les dejaron nada?

—¿Para qué? Es mejor. Así terminaremos de una vez. Cuando vengan a buscarnos sólo encostrarán un cadáver.

Un hombre viejo apareció en la puerta, esperando respetuoso. Olga Maxinovna le invitó a entrar:

—Pasa, Pedro Pavlenko. Hace unos minutos decía al señor que no teníamos nada, ni aun siquiera un trago de «vodka».

El rostro del fiel sirviente se entristeció:

—Así es, amita.

—Entonces, permítanme que les ofrezca de lo que traigo. No es mucho, pero nos confortará a los tres —sugirió Andrei.

Iba a levantarse. La muchacha se lo impidió:

—Deje. Pavlenko irá. Es el único criado fiel que me queda. Los demás se marcharon huyendo de algo peor que la muerte o fueron desterrados.

—Lo encontrará con facilidad —aclaró Yegorov—. Es un saquito de cuero que hay en la parte de atrás del «tachanka».

El sirviente salió de la estancia y de nuevo el silencio se hizo angustiosamente largo. Andrei miraba a la mujer que, insensible a todo lo que no fueran sus propios pensamientos, había puesto sus

manos sobre el fuego. Era alta y distinguida. Sus cabellos negros, sueltos, caíanle sobre el blanco cuello. Algo así como si la noche acariciara a la luna. La nariz recta, ligeramente aguileña, imprimía al rostro, de líneas perfectas, un tono aristocrático. Los labios eran gruesos, evidenciando un carácter apasionado.

—La veo muy triste, Olga. ¿No tiene familiares?

—Creo que aún me queda uno. Mi hermano. La detuvieron hace tres meses en Siktivcar por conspirar contra el régimen. Es un químico eminente y le sorprendieron preparándolo todo para fugarse de Rusia. No he vuelto a saber de él.

—¿Y era cierto?

—Sí —replicó la aludida—. Yo le ayudé en ocasiones. Ha conseguido perfeccionar un gas inventado por él, que, sin matar, destruye los centros nerviosos. Quería llevarlo a los Estados Unidos, que trabajan con idénticos propósitos, más fué descubierto.

—¿Tanto odian ustedes a Rusia? —La pregunta había sido hecha con voz bronca.

Olga Maxinovna respondió de forma indirecta:

—Mi padre fué asesinado hace dos años, después de una «purga» en la Universidad de Gorkij, de donde era profesor. Mi hermana Tanía, cinco años menor que yo, que se obstinó en acompañarle, no ha vuelto. Nos han despojado de cuanto poseíamos y ahora nos condenan a morir de hambre. Mas no nos entristecemos. Aquí está Pavlenko con sus provisiones. No me da rubor decirle que llevo veinticuatro horas sin comer.

Andrei Yegorov, emocionado por el tono sincero de la joven, puso sobre la mesa varias conservas, entregando un pequeño envoltorio a Olga.

Media hora después, como colofón a una succulenta comida, los tres únicos habitantes de la casa degustaban una taza de té caliente.

—Ya había olvidado casi su sabor.

—De usted depende tomarlo a diario.

Las palabras de Andrei Yegorov hicieron levantar la cabeza a la muchacha. Pedro Pavlenko, el fiel criado, se dispuso a escuchar también.

—No le comprendo —comentó secamente Olga Maxinovna.

—Pues es bien sencillo. Yo les doy una tarjeta y un salvoconducto para llegar hasta Moscú. Allí se instalan en mi casa, y

esperan a que regrese. Les proporcionaré los rubios necesarios. —La joven fué a hablar, más él la interrumpió—: Espere, antes de decir nada. No hago sino corresponder al inmenso favor que me han hecho salvándome la vida. Es necio que se obstine en morir. Cuando vuelva de la misión que me lleva a Iarensk yo les facilitaré trabajo para que puedan devolverme el dinero. No olviden que vivos siempre tienen la esperanza de encontrar los seres que perdieron. Los condenados a «katorga» [2] vuelven a veces.

—No puedo aceptar. Ignoro quién es usted.

—Y eso ¿qué importa? Deponga su orgullo. Ahora sólo soy un hombre que desea favorecerles. No tengo otra personalidad que la humana y ella me grita que debo corresponder al bien que han hecho. ¿Cómo se llama su hermano?

—Alexi.

La cara de Andrei sufrió una leve contracción, que no fué observada. Insistió:

—Decídanse pronto. Mañana continuaré mi camino hasta Kotlas y ya no volverán a verme. Lo que les ofrezco es decente y su única salvación. Me ofenderán si no lo aceptan. Creo que nuestro encuentro ha sido providencial.

—Sí —murmuró Olga—. Sobre todo para nosotros.

Las últimas palabras de la muchacha alegraron a Yegorov, el cual habló:

—Les aseguro que no tengo nada de qué arrepentirme. Soy fiel al cumplimiento de mi deber y provengo de familia muy humilde, que no me vive. He padecido «golod», «kholod» [3] y cuánto puedan ustedes imaginarse. No soy insensible al dolor de mi patria y la amo ardientemente, con todas las fuerzas de mi corazón. En noches como ésta, en que el suelo está cubierto de un blanco sudario y los copos impolutos parecen lágrimas que vertieran los espíritus sobre la tierra; cuando el aire vibra como la guadaña de la muerte y la canción del tiempo en la estepa es como un canto funeral, yo siento dentro de mi alma algo inmenso que se desborda. Odio la injusticia y no olvido que el infortunio pone a prueba a los humanos...

La voz del hombre temblaba de excitación. Olga Maxinovna no pudo menos que reconocer:

—Es usted un poeta.

—No. Nada más lejos de mi concepción violenta de la vida. No

obstante, a veces siento una fuerza superior a cuánto me rodea. No niego los valores del espíritu. Eso es todo.

Callaron. Fuera rugía el viento, convertido en huracán. Los lobos, cansados de la inútil espera, habíanse marchado de las inmediaciones. De vez en vez escuchábanse sus aullidos lejanos.

El quinqué que iluminaba la estancia se apagó con un leve chisporroteo.

—Se acabó el petróleo —anunció Pedro Pavlenko.

—Es mejor así —medió Andrei—. La semipenumbra producida por el fuego de la chimenea invita más a soñar. En los tiempos intensos que padecemos es un placer, que nadie sabe si volverá a repetirse.

Las llamas crepitaban y sus variados coloridos, predominando el rojo y el azul oscuro, iluminaban fantásticamente la habitación. El viejo criado descolgó una «balalaika» de la pared y, pulsándola, arrancó de ella armoniosos arpegios, impresos de una melancolía infinita.

La eterna tristeza del alma rusa se adueñó de todos. Olga Maxinovna suspiró y Andrei, al mirarla, no pudo evitar que su corazón palpitase más aceleradamente.

Yegorov tardó aún varias jornadas en alcanzar el pueblo que era fin de su viaje: Iarensk. La temperatura había descendido notablemente y las últimas millas fueron de extraordinaria dureza.

Se dirigió a un edificio de ladrillo, de tres pisos, que se alzaba en un extremo de la ciudad. Un hombre le dió el alto en la puerta, pero Andrei le enseñó un carnet y el centinela le saludó con respeto.

—Ocúpate de los caballos —ordenó.

Y sin esperar respuesta penetró en la casa, donde, tras de atravesar un ancho pasillo, alcanzó un despacho. Dos individuos le miraron con indiferencia.

—¿Qué quieres? —dijo uno de ellos.

—Hablar inmediatamente con el camarada Dochao. Soy Yegorov, subjefe del Sovnarkom [4].

—Los dos sujetos se pusieron inmediatamente en pie, con evidentes muestras de deferencia.

—Está en la sala de operaciones —respondió uno de ellos.

—Llévame.

Recorrieron varios pasillos, ascendiendo por una gastada escalera, al final de la cual, el que hizo de guía, indicó, señalando una puerta de cristales:

—Allí es.

Andrei, decidido, franqueó la entrada, pero el espectáculo que contempló le hizo pararse de asombro. Estaba en un quirófano, modernamente dotado. Una lámpara sin sombras iluminaba profusamente una camilla, sobre la cual había tendido un hombre, del que sólo quedaba la sangrante cabeza al descubierto. En torno a él, varios médicos. Uno de ellos hablaba:

—No puede decirse que la Leucotomía esté perfeccionada, pero sí es cierto que son grandes los progresos realizados. Modificaremos los cerebros, y con ello, habremos dado un paso gigante en el camino de la ciencia. Ya han estudiado ustedes que los pensamientos pasan por las cédulas nerviosas. Si nosotros alteramos y unimos determinado número de ellas o, por el contrario, seccionamos con el bisturí las células donde germinan las ideas; es decir, de la corteza cerebral prefrontal, habremos conseguido cambiar por completo la personalidad del individuo, llevarlo a la locura, anular su voluntad o, por el contrario hacer un ciudadano útil de un demente. Eso es lo que estamos intentando en este caso.

Sin reparar en Yegorov, el doctor Sergio Dochao se inclinó unos minutos sobre el enfermo. Después, incorporándose, dijo:

—Sutúrenle. Hemos terminado.

Se quitó los finísimos guantes de goma, depositándolos sobre una mesa. En este instante, algo le avisó de que le estaban observando y volvió la cabeza.

—¿Quién eres?

—Yegorov —fué la seca respuesta—. Te habrán avisado mi llegada.

—Sí. Mas no te esperábamos hasta dentro de diez días. Todas las comunicaciones están cortadas por el temporal.

—No deben existir obstáculos en el cumplimiento del deber. ¿Quieres que pasemos a tu despacho?

El rostro del miembro del Sovnarkom era frío, como de hombre acostumbrado al mando. El facultativo, precediéndole, le llevó hasta una sala cómodamente amueblada.

—Tú dirás, camarada.

—Vengo a interrogar al químico Alexi. Sus informaciones son de extraordinario interés para la nación.

—Llegaste tarde, camarada Yegorov. Es el hombre a quien acabamos de intervenir. Posteriormente a tu salida desde Moscú recibimos la orden de anular científicamente su voluntad, convirtiéndole en un ser dúctil a nuestros deseos.

—¿Quién la dió?

—La

N. K. V. D.

[5].

Andrei no se había inmutado. Repuso:

—Bien, camarada. Dame un cigarrillo. ¿Cuándo podré hablar con el detenido?

—Dentro de cuatro días. Creo que la operación habrá tenido éxito.

—Así lo espero, por tu bien.

La última frase no dejaba lugar a dudas. Era una auténtica amenaza. El doctor palideció, murmurando:

—Hemos hecho todo lo imaginable.

Con mano no muy segura, el cirujano abrió un cajón, del que sacó un paquete de tabaco, que ofreció a su visitante. La nueva pregunta le cogió desprevenido:

—¿Cuántos saben la verdad?

—Aquí, tú y yo solo. A los demás les hice creer que se trataba de un intento de curación de la locura.

—Lo oí al entrar.

Mientras encendía el cigarrillo, Yegorov no pudo menos que sonreír con amargura. En su vida de fanático solitario, la única vez que encontró una mujer capaz de interesarle, ésta era la hermana de una de sus víctimas. Sergio Dochao, deseando agradar al importante personaje, inquirió:

—¿De qué medo te has valido para llegar tan pronto?

—Vine en «tachanka» desde los altos de Uvali, al norte de Kirov. No encontré trineos. Se me confió el interrogatorio personalmente. Hubiera preferido hacerlo estando ese traidor en plenitud de sus facultades mentales.

—Lo ignoraba y me apresuré a obedecer a la

N. K. V. D.

¿Qué pasa por Moscú? Hace cuatro años que falto de él.

Andrei meditó unos segundos antes de contestar a la pregunta. Luego, con el rostro súbitamente endurecido, dijo:

—Se ha extremado la vigilancia. Han desaparecido varios planos de nuevas armas y se sabe que llegaron a América. El

F. B. I.,

tiene aquí uno de sus mejores agentes y no logramos descubrirlo. Te lo advierto, para que estés sobre aviso. Nadie sabe dónde y cuándo dará el próximo golpe. Tan pronto opera en el norte como en el sur del país. Nos trae locos. Oficialmente no se oculta la verdad y se ha advertido de los peligros del espionaje a todos los jefes de fábricas y miembros importantes del Partido.

—Lo ignoraba —respondió el doctor.

—Me estás mintiendo, Dochao. Yo mismo te dirigí una circular con disposiciones especiales. Estoy encargado del caso.

El doctor palideció, para murmurar:

—Creo que... la reserva...

El gesto de Yegorov era cortante como la hoja de una navaja:

—Te estoy hablando en tono oficial. Yo carezco de otra personalidad...

Se arrepintió apenas hubo dicho tales palabras.

Aborrecía la mentira y acababa de decir una. Olga Maxinovna y Pedro Pavlenko aparecieron claramente en su imaginación...



EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

II



Un grupo de hombres permanecía en una gran habitación, amueblada con varios bancos. Unos leían las últimas noticias en «Pravda» o «Izvestia»; otros, sentados indolentemente, fumaban cigarrillos, y los menos conversaban en voz baja. Eran individuos altos y fuertes e iban ataviados exteriormente de cuero, con botas hasta la rodilla. Sobre su frente, una gorra, sin distintivo alguno. Eran miembros de confianza de la

N. K. V. D.

destinados a la vigilancia de las viviendas particulares de los altos funcionarios del Estado.

Sonó un timbre agudo y los presentes concentraron su atención en dos cuadros, protegidos por un cristal. Todas las mañanas, al

entrar en el departamento, el comisario, con carácter secreto, les entregaba un número, siempre distinto, que luego aparecía iluminado en el primero de los cuadros. Después, en el inmediato, surgía un nombre. No obstante, el «chekista» permanecía allí y hasta que no se daban todas las órdenes, no abandonaban el local. De este modo ninguno era conocedor de la guardia que le fué encomendada al compañero. Y el relevo podía llegar, lo mismo a las veinte horas que a los cinco minutos. Importaban dos cosas: la primera, que nadie supiese hasta el momento de efectuar el servicio a qué personaje le correspondía custodiar, y la otra, complemento de la primera, siempre estuviesen pendientes del relevo, para no descuidarse en el servicio, impidiéndoles, en el régimen de eterna sospecha que imperaba entre los agentes, que nadie pudiera confiar en una permanencia fija de determinado individuo.

En la habitación contigua, un hombre, que pulsaba un aparato eléctrico, se levantó precipitado para acudir a la llamada del teléfono, desde el que le ordenaron acudir a su despacho.

Con expresión de asombro franqueó la puerta. Al ver al que le esperaba balbució:

—¡Camarada Yegorov! Ignoraba que estuviese de regreso.

—Pues ya lo sabes —fué la seca respuesta—. Avisa a los de la patrulla once y que detengan al comerciante Dillard. Necesito interrogarle.

—Ahora mismo me ocupo de ello.

Cuando quedó solo, Andrei dejó caer la cabeza, sobre sus manos. Estaba rendido. ¿Por qué no fué primero a su casa a descansar? Pretendía engañarse con la ficción del cumplimiento de su deber, mas lo cierto era que deseaba demorar el encuentro con Olga...

Sacudió la cabeza con violencia y extrajo una carpeta de uno de los cajones, disponiéndose a trabajar...

Mientras tanto, en un lujoso piso de la plaza Kaluzhsk, un desconocido registraba, afanosamente una mesa de despacho, forzando las cerraduras con una pequeña ganzúa. La espesa cortina de la ventana estaba totalmente echada. La habitación permanecía a oscuras, motivo por el cual, el sujeto utilizaba una linterna eléctrica de ancho foco y luz brillante.

Cuando más interesado se hallaba revolviendo papeles, la puerta se abrió de golpe y la luz eléctrica lo iluminó todo. Aquel individuo

esgrimió una gran pistola de fabricación americana, mientras en su rostro se dibujaba la alarma, que fue desvanecida al encontrarse frente a una mujer elegantísima, que le increpó:

—¿Qué hace usted aquí?

El interrogado, con evidente cinismo, repuso:

—Le diga lo que le diga no me lo va a creer; así es que prefiero no contestarle.

—Responda, antes de que llame a la Policía.

El tono de ella era seco y decidido.

—Pues... examinando los muebles. Voy a casarme y quería tener una idea. Ignoraba que el puritano Andrei Yegorov estuviese... unido a una mujer tan espléndida. Es usted encantadora.

Olga Maxinovna, atraída por la desenvoltura de aquel hombre, que parecía ignorar su peligrosa situación, penetró más en la estancia, cerrando tras de sí.

—Está jugando con la muerte.

—Ya lo sé, preciosa; pero antes me precederá usted en el último viaje. Sinceramente creí que el piso estaba deshabitado.

—Pues se equivocó.

El desconocido jugaba con el arma, haciéndole girar por el guardamontes. Era esbelto y vestía irreprochablemente un abrigo de corte inglés. Su rostro no denotaba perversión. A Olga se le ocurrió de pronto una idea:

—Es usted americano, ¿verdad?

—Sí.

Callaron los dos unos segundos. La joven se devanaba la cabeza pensando en qué podía perseguir aquel desconocido, de noble aspecto y rostro simpático. Súbitamente lo comprendió todo: espionaje. Se levantó, trémula:

—¡Márchese! No le denunciaré.

—Pero... —comenzó el individuo, asombrado por la brusca reacción.

—¡Huya!

En los ojos del hombre se dibujó una expresión de gratitud.

—La obedezco. Me salva la vida. Yo no sería capaz de matarla. Amo demasiado la belleza. ¡Adiós!

Y, erguido, abandonó la habitación, no sin detenerse en la puerta para contemplar, una vez más, a la extraordinaria mujer.

Sola, Olga fué al amplio comedor, sentándose en uno de los butacones.

El fugitivo descendió tranquilamente las escaleras, pasando frente al «chekista». Apenas hubo andado unos pasos, cuando se volvió. Un coche acababa de pararse frente a la puerta, y de él descendió Yegorov, el jefe del Sovnarkom. Murmuró para sí:

«De buena me he librado».

Andrei subió las escaleras despacio, como si quisiera retrasar su encuentro con Oiga Maxinovna...

Un automóvil se detuvo bruscamente frente a un comercio de la calle Rusking, y cuatro hombres penetraron decididos en él.

—¿Señor Dillard? —preguntó a un dependiente que, falto de trabajo, leía una novela policíaca en uno de los rincones de la tienda.

—Está dentro. Pasen a su despacho. En aquella puerta.

Uno se quedó fuera, guardando la salida, y los tres restantes entraron donde el dependiente les indicó. Un hombre grueso, de unos cuarenta años, estaba sentado detrás de una mesa. Sin incorporarse preguntó:

—¿Qué es lo que desean?

—Que nos acompañe. La

N. K. Y. D.,

desea interrogarle.

—¡Perros! —gritó el comerciante, esgrimiendo una pistola, que disparó contra los presentes.

Dos cayeron, para no levantarse más; pero el tercero, desde el suelo, hizo fuego una sola vez, alcanzando a Dillard en plena frente.

Al ruido de los disparos penetró el que hacía guardia en el exterior. Al ver el cuadro murmuró:

—Estos americanos siempre se defienden. Nunca se les puede probar nada.

Andrei Yegorov, luego de saludar a Olga, inquirió:

—¿Y Pedro Pavlenko?

—Ha salido al economato en busca de provisiones. Nos tratan todos magníficamente. Se ve que les inspira usted terror.

La frase ya estaba dicha. Era imposible retroceder.

—¿Conoce mi personalidad política? Se la oculté para que

aceptara. Ahora puede optar por dos cosas: o seguir viviendo aquí, hasta tanto vuelva su hermano, o...

—¡Mi hermano! —le interrumpió Olga, excitada—. ¿Acaso le ha visto usted?

—He hablado con él. Dentro de una semana llegará a Moscú a ponerse al frente del Instituto de Estudios Químicos. Necesitará que le cuide. Su salud está algo quebrantada, pero no corre peligro.

La muchacha sintió que dentro de su alma se desbordaba una alegría inmensa. Dejándose llevar por el impulso, y antes de que Yegorov pudiera evitarlo, le besó en una mejilla, humedeciéndosela de lágrimas.

—¡Que Dios la bendiga, Andrei! Es usted nuestra providencia.

—Le aseguro que no tiene nada que agradecerme —repuso él, intentando adoptar un tono frío—. Necesitamos la ciencia de Alexi y la hemos obtenido. Eso es todo.

Se sentó en el sofá del cómodo tresillo. Ella lo hizo a su lado, con los ojos brillantes de felicidad. Habló muy dulcemente:

—Siga, Andrei. Antes no le dejé terminar lo que iba a decirme.

—Lo habrá supuesto. Cuando vuelva su hermano tendrá una cómoda casa en que habitar. Me consta que mi presencia no le es grata. Le recuerdo demasiadas cosas.

Ella dejó descansar su hermosa cabeza sobre el hombro de él, que se estremeció. Dijo:

—Usted fué el primero en hablarme de su presencia humana. Yo no veo en usted sino al hombre bueno. No quiero saber nada de su vida oficial.

Yegorov sonrió. Él estaba considerado en el Politburó como un hombre de hierro, desprovisto de sentimientos. Y de tanto oírsele decir llegó a creérselo también. Una mujer le abrió los ojos a la verdad de su corazón...

La entrada de Pedro Pavlenko disipó el encanto de un silencio maravilloso. Andrei fué a su cuarto a cambiarse de ropa. Luego se sentó en el despacho, para guardar unos papeles, y observó que dos cajones estaban abiertos. Tenía la certeza de haberlos cerrado al marchar. ¿Acaso Olga había registrado la casa en su ausencia?

Desechó el pensamiento, más la duda quedó en su cerebro.

Se entretuvo unos segundos, y cuando salió al comedor, encontró a la muchacha mirando muy interesada una fotografía, en

la que aparecía Stalin rodeado de un grupo de personas.

—¿Quién es éste? —dijo, señalando un rostro—. Debe ser muy importante, cuando está tan cerca del jefe.

—Sí. Es Richard Vance. Un periodista americano que goza de nuestra confianza. Sus crónicas son reproducidas en cadena por numerosos diarios del mundo.

Olga Maxinovna no lograba separar la vista del rostro sonriente. Andrei le preguntó:

—¿Le conoces?

—No. No le he visto en mi vida —mintió ella.

¡Era el hombre al que había sorprendido registrando el despacho de Yegorov! ¿Qué buscaría?

III



UBRÍA la ciudad una niebla espesa. La época del deshielo era llegada. Las luces, bajo la bruma, parpadeaban. Las nubes dejaban en el rostro minúsculas gotas de agua, que los transeúntes borrraban, satisfechos, de su piel. Dentro de pocas semanas, los almendros florecerían en el Moscú misterioso, de cuyas decisiones se hallaba pendiente el mundo.

De vez en vez, por las calles y bulevares, pasaban lentos los automóviles, con los faros a la máxima potencia, para horadar las tinieblas.

A las tres de la madrugada, la capital dormía. Sin embargo...

En la plaza Arbatskaya, un sujeto, en apariencia embriagado, contra una pared, barbotaba palabras ininteligibles. Dos policías le miraron, prosiguiendo después su camino, por una de las calles laterales.

El individuo se irguió, encendiendo una cerilla. Un coche se detuvo junto a él. Se apearon dos hombres y el vehículo prosiguió su camino.

—Hola, Richard. Como verás, no te hemos hecho esperar —dijo un joven de aspecto enérgico.

—Ya lo veo, Jorge. Tenemos que actuar sin pérdida de tiempo. Las patrullas son muy numerosas. ¿Y las ganzúas?

—Las trae Black.

El llamado Richard, que parecía el jefe del grupo, seguido de sus compañeros, penetró en el bulevard Prechistenski, deteniéndose en la Academia Militar, circundada por un alto muro. Observó en todas direcciones. El lugar estaba desierto.

De uno de los amplios bolsillos del abrigo sacó un rollo de cuerda muy fina, a uno de cuyos extremos había atado un gancho, que voló con indiscutible maestría, quedando sujeto en la parte superior de la pared.

Uno a uno, los tres hombres ascendieron con una agilidad extraordinaria, recogiendo el fortísimo bramante.

—¿Lleváis vosotros? Es muy posible que, si nos sorprenden, tengamos que separarnos.

Los dos asintieron con el gesto y Richard avanzó unos metros por un patio pelado, en el que, sin duda, hacían la instrucción los cadetes.

Richard, dejándose caer al suelo, se arrastró como una serpiente, procurando no hacer ningún ruido. A unos diez metros se paseaba un soldado, con el fusil a la espalda.

La tierra estaba humedecida por el reciente deshielo y por la niebla. El hombre fué acercándose, sintiendo en su cara y en sus manos el contacto del barro. Vestido de negro, su figura se confundía con la noche y la bruma. Reptaba silencioso, como un sioux. En su mano derecha había aparecido una gran pistola de fabricación norteamericana, con un cañón supletorio, que hacía las veces de silenciador.

Se alzó de pronto, de espaldas al centinela. Este fué a volverse, pero un feroz culatazo le derribó, con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro. No hizo ruido al caer, pues el agresor le recogió en el aire, depositándole suavemente en el suelo. Sus dos amigos se acercaron a él, atándole rápidamente. Uno de los recién

llegados se puso el capote militar, tomando en sus manos el fusil. Richard le advirtió:

—Tardarán dos horas en hacer el relevo. El oficial acostumbra darse una vuelta cada treinta minutos, más nunca, se acerca a los puestos, limitándose a observarlos desde lejos. Cumple todas las instrucciones.

Apenas terminó de pronunciar tales palabras, cuando, seguido de su compañero, avanzó hasta un alto edificio, rodeado de ventanas. Forcejearon en una de ellas y, con un ligero sonido metálico, ésta se abrió. Sin dudarlo, los dos hombres penetraron en la habitación.

—Poca vigilancia —susurró uno.

—No, Black. Lo peor empieza ahora. En el inferior hay diez hombres de la
N. K. V. D.

Son de la máxima confianza. Salgamos. No vaciles en tirar a matar, si es preciso.

Recorrieron un ancho pasillo, iluminado tenuemente por una bombilla roja, doblando uno de los recodos. Alguien tosió muy cerca de ellos, mientras unos pasos se acercaban.

Los dos intrusos fueron retrocediendo despacio hasta esconderse detrás de un esquinazo. Los pulsos palpitaban, acelerados, y un sudor frío les invadió. Reducir al centinela resultó fácil. Los de la
N. K. V. D.,
eran gente de lucha, acostumbrados a hacer cara a la muerte.

Estaban tan cerca de él que oían el roce del gran chaquetón de cuero.

Fué todo rápido y no hubo lugar a la más mínima resistencia. Los asaltantes surgieron de pronto ante el guardián, y mientras Black le ponía una pistola en el pecho, Richard le golpeaba enérgicamente en la mandíbula con la culata de la suya.

En un segundo, atado y amordazado, hallábase impotente en una de las habitaciones laterales.

—Tenemos que subir al piso primero.

Sin obstáculos alcanzaron el «*hall*», de donde partía una escalera de mármol, en uno de cuyos peldaños, fumando un cigarrillo, había otro centinela.

Black miró, inquieto, a Richard. Para llegar hasta el hombre era

preciso caminar al descubierto por el ancho vestíbulo.

Permanecieron observándole desde el final del pasillo. Al fin, Richard Vance se decidió. No podían perder tiempo.

Apuntándole con la imponente «Germán Luger» surgieron frente al desconcertado individuo, que les miró como si fuesen, seres de otro mundo. Luego llevó la mano al costado, en busca de su revólver. Su reacción fué tardía, pues se desplomó con el pecho atravesado de un balazo, mientras en el aire sonaba un débil chasquido.

Lo arrinconaron detrás de la escalera, en un pequeño cuarto dedicado a utensilios de limpieza, y, sin vacilaciones, ascendieron al piso superior, con los ojos muy abiertos, para evitar posibles sorpresas.

Richard se movía, por las habitaciones y corredores con una seguridad absoluta. Veíase que aquello le era sobradamente conocido. Se detuvo frente a una puerta de cristales, que Black abrió con una ganzúa, y con paso felino entraron en un departamento lleno de mesas y máquinas de escribir.

Recorrieron varios despachos. Al fin se detuvieron y Richard, débilmente, golpeó en un cristal, ante el asombro de su compañero. Se oyó dentro que alguien arrastraba una silla, y una voz ronca inquirió:

—¿Quién es?

—Yegorov —fué la seca y preparada respuesta.

La puerta se abrió despacio, asomando por ella el cañón de un fusil ametrallador. Sin vacilaciones, Black empujó decidido, derribando al «chekista».

—¡Quieto!

El negro orificio del revólver apaciguó los ánimos belicosos del sorprendido vigilante, que pronto yacía en un rincón, privado del sentido.

Richard encendió totalmente la luz, mientras explicaba:

—Es una habitación interior. Así podremos trabajar con tranquilidad. Me consta que los documentos están en el más inesperado de los lugares. Son muy astutos los agentes especiales rusos, pero aún les queda mucho que aprender del

F. B. I.

Esa caja de caudales es posible, que guarde los paquetes de

cigarrillos del camarada comisario.

Mientras hablaba, Richard forzó los cajones de la mesa, llenos de papeles de contenido intrascendente. Los vació, arrojándolos a uno de los rincones. No podían perder el tiempo. Cada segundo de permanencia en el gran edificio de la Academia Militar les acercaba más al fracaso y a la muerte.

—Mira, Black, qué curioso. Este cajón es el más pequeño de los tres. Me parece que hemos hallado lo que buscábamos.

Introdujo un afilado cortaplumas, apalancando, sin resultado. Buscó con los ojos un saliente, fracasando también. Estuvo perplejo unos segundos, y al fin, dió la vuelta, al receptáculo de madera, hallando una diminuta cerradura.

—Toma. Es tu especialidad.

Black forcejeó, murmurando:

—Es endiabladamente rara.

—Fuérzala, Son muchos los que mañana darán constancia de nuestra visita.

—No es preciso. Ya está. No en balde soy un especialista en tales menesteres.

Pero a los asombrados ojos de los agentes del
P. B. I.,

no apareció ninguna carpeta conteniendo planos o documentos, sino una llave sujeta por una abrazadera de acero.

Richard Vance lanzó una maldición. Luego miró en derredor suyo. En la pared había tres cuadros, que arrancó sin resultado. No. Aquellos hombres no eran tan simples. Un sitio inesperado.

La estancia solo constaba de la gran mesa de escritorio, varios butacones y la caja de caudales.

—Ayúdame, Black, y levanta la mesa en vilo para no hacer ruido.

Por esta vez, la intuición de Richard no le había traicionado. Debajo de uno de los anchos soportes vió una cerradura, que se apresuró a abrir. Una gruesa carpeta apareció en el fondo.

El agente especial la colocó sobre la mesa, pasando hojas de papel de barba. En una de ellos leyó, en grandes titulares, SUBMARINOS ATÓMICOS SIN TRIPULACIÓN. Lo apartó y continuó hojeando: GASES, apareció en otro pliego, y a continuación, una nota a lápiz, que decía: «El informe especial de nuestros agentes en

América pasa, al estudio del camarada Andrei Yegorov, el cual lo remitirá a su destino».

Richard Vance, guardándose varios documentos, dijo:

—Vámonos ya.

—No lo creáis —sonó una voz en la puerta—. Nadie se burla de la

N. K. V. D.

Los dos del

F. B. I.,

volviéronse rápidamente. Un individuo de rostro ancho les apuntaba con un revólver de grueso calibre. Viendo en los ojos de los sorprendidos asaltantes un deseo de actuar les previno:

—Soy campeón de tiro.

Black respondió, burlón:

—No lo dudamos. Nosotros tampoco lo hacemos mal.

Su ruso era perfecto. Solamente un experto en idiomas hubiese podido encontrar un leve tono nasal en las palabras. El jactancioso agente soviético habló de nuevo:

—A vosotros se os pueden ya decir las cosas. No contáis en el mundo de los vivos. Todos nuestros departamentos secretos van conectados a una alarma.

El cerebro de los norteamericanos trabajaba a una velocidad vertiginosa. ¡Tenían que salir de aquella situación como fuera! Richard comenzó.

—Hay que saber perder. Deseábamos dinero y hemos encontrado plomo.

—¿Dinero?... ¡Sois unos miserables espías!

—No lo creas. Buscábamos las pagas de los oficiales —afirmó Black.

El de la

N. K. V. D.,

poniéndose a un lado de la puerta, ordenó:

—Salid. Ya diréis cuanto queramos.

Los dos agentes se dispusieron a obedecer. Richard se quedó el último, y al pasar junto al «chekista», se tiró al suelo. Una bala silbó sobre su cabeza. Se incorporó. Tan rápido e inesperado había sido, el movimiento, que el vigilante apenas tuvo tiempo de reaccionar. Con la mano extendida, en un golpe de *jiu-jitsu*, Vance le golpeó

en el cuello, bajo el oído izquierdo, viéndole caer con una expresión indefinible de dolor en el rostro.

—¡Corramos! Dentro de poco esto se llenará de soldados.

Así era. Lejos se oyeron varios silbatos de órdenes. En el patio, una corneta dejó oír su agudo son.

Black marchaba detrás de su compañero, que conocía el edificio palmo a palmo. Penetraron en un despacho, junto a una ventana.

—Nos aguardan en la escalera —indicó Richard, mientras enganchaba en el alféizar la cuerda, que les sirvió para penetrar en el edificio.

Descendieron rápidos hasta el jardín. Apenas llegaron al suelo, cuando percibieron pasos precipitados a su derecha.

Con un ágil movimiento, Vance hizo caer gancho y cuerda. Varios hombres se le acercaron dándoles el alto. Richard y Black dispararon velozmente. Luego corrieron en zigzag hacia la alta tapia. Una sombra se interpuso, diciéndoles:

—Por la izquierda. Están rodeando la Academia.

Era Jorge. Los tres, unidos, avanzaron unos metros, protegidos por la niebla, que llevaba a sus oídos disparos, silbatos y órdenes.

—Cada uno por un lado y que Dios nos proteja —ordenó Richard.

Separáronse. El bravo agente del
F. B. I.,

se tiró al suelo. Esperaba que descubriesen a cualquiera de sus compañeros, enfocando hacia allí persecución. Entonces no le sería difícil burlar la vigilancia.

Muy a su izquierda vio tres fogonazos, ¿quién de sus amigos sería? Sólo sus pistolas llevan silenciador. Oyó el ruido de una descarga y entonces corrió hacia el lado opuesto, alcanzando la alta tapia, a la que lanzó el gancho. En uno segundos se puso a caballo sobre ella. Abajo había dos hombres.

Las vacilaciones equivalían a ser capturado. Se dejó caer, mientras sus puños se movían con extraordinaria velocidad. Uno quedó sin conocimiento del golpe, más el otro se defendió bravamente. Era robusto y Richard presintió que la pelea iba a ser larga, por lo que, dando un paso hacia atrás, hizo fuego dos veces. Aunque el silenciador amortiguó las detonaciones, los fogonazos le delataron.

Corrió por el bulevar, penetrando en la plaza Arbatskaya. Una patrulla le dió el alto, pero no obedeció, internándose por varias calles. Seguido de cerca por los agentes soviéticos, que disparaban sus armas, para avisar a sus compañeros de otros sectores.

Richard jadeaba cuando llegó frente al río Moscova, cuyas aguas arrastraban grandes trozos de hielo. Sin dudarlo se lanzó a la corriente, sumergiéndose. En el aire pensó estrellarse. Buceando, se dejó arrastrar. Quiso sacar la cabeza y se golpeó fuerte contra un témpano. Levanta las manos con desesperación, tropezando solo con la superficie helada. ¡Aquella podía ser su tumbal!

Sintiendo que los oídos le zumbaban, primeros síntomas de asfixia, dio enérgicas brazadas, sin poder alejar de sí el temor de que el hielo tuviese cientos de metros de superficie.

Intentó salir, consiguiéndolo. Sus miembros estaban medio congelados y nadó enérgicamente. Muy lejos escuchábanse disparos.

Recorrió cerca de una milla antes de atreverse a abandonar el río. Cuando lo hizo, tiritaba. ¿Cómo llegar así al hotel? Además, ¿dónde se hallaba?

Totalmente desorientado, anduvo por una calle e trecha, de sórdida apariencia. Necesitaba urgentemente cambiar de ropa, si no quería perecer de frío.

Estuvo tentado de entrar en varias casas a solicitar ayuda; Los enormes tentáculos de la

N. K. V. D.,

alcanzaban a todos los hogares de Rusia. Oyó pasos a su izquierda. Era un hombre viejo, de bastante menos estatura que la suya. Le dejó pasar, escondido en el quicio de una de las casas, desde donde vió a dos policías uniformados.

Antes de que le divisaran huyó en dirección opuesta. Un cochero dormitaba en el pescante de su vehículo. Penetró en él, cubriéndose las piernas con una manta. Movié al hombre, diciéndole:

—Se va a helar, camarada.

El aludido, sin volver la cabeza, repuso:

—Lo mismo da. Tengo congelado el estómago. En todo el día no logré hacer un servicio.

—Pues anímese y camine en dirección a la Lubyansaya. Yo le diré dónde tiene que parar.

El coche de caballos arrancó. Sus manos, desnudas al parecer,

arrancaron de su rostro una mascarilla de goma finísima. La cara que quedó al descubierto era totalmente distinta. Un pequeño bigote sobre el labio superior dábale una expresión simpática. Sonrió, aun cuando el peligro aún no había cesado.

Cuando a la mañana siguiente la Policía recibiera la orden de buscar a un hombre, las señas serían las de un sujeto inexistente. Cara lisa, anchos pómulos, barbilla redonda, nariz aguileña... En cuanto a las huellas dactilares... La sonrisa de Richard se hizo más amplia mientras despojaba a sus manos de una levísima goma color carne...

Se arrebujó más en la manta y en la calle Arsenevski, dejando unos rublos sobre el asiento, se tiró en marcha, dirigiéndose hacia el hotel. Dos manzanas antes, penetró en una cabina independiente de teléfono automático, abriendo la puerta con una ganzúa. Introdujo una moneda, marcando unos números. Habló, poniendo un pañuelo en el auricular para desfigurar su voz:

—¿Gerente? Habla el inquilino del ciento seis. El tipo de la habitación de arriba no me deja dormir tocando no sé qué diablos. Si no le llama la atención, mañana me marcharé de aquí, diciendo que he tenido la desgracia de vivir en el peor hotel del mundo.

Richard siempre dejaba, descolgado el teléfono. Calculó que el empleado de guardia intentaría, ponerse en comunicación con él y al no conseguirlo tomaría el ascensor hasta el piso séptimo, para escuchar a través de la puerta.

Corrió en dirección al Metropol, llegando a tiempo de ver, a través de las vidrieras, cómo un hombre penetraba en uno de los elevadores. Apenas la luz roja indicó que estaba en marcha subió por la escalera, en dirección a su cuarto, la el que penetró rápido, cerrando tras de sí. Merced a su astucia había conseguido entrar sin ser visto. Miró su cronómetro. Eran las cinco de la madrugada. Aún podía descansar unas horas.

Se desnudó, metiendo la pistola, los guantes y la mascarilla en una maleta de doble fondo. La ropa humedecida la encerró en el armario, sacando previamente los documentos, que leyó. Allí estaban los procedimientos de fabricación de gases radiactivos, subproducto de la construcción de bombas atómicas, así como las principales características de submarinos de bolsillo y sin tripulación, junto a varios planos arrebalados de los Estados Unidos

por los espías soviéticos.

Mas aun siendo importante lo hallado, no era..., o lo que buscaban aquella noche, sino un informe extensísimo de los principales agentes de la

U. B. S. S.

Tal vez con su lectura pudieran descubrir la identidad de los traidores.

«Pasa el estudio del camarada Andrei Yegorov». ¡Yegorov! El hombre íntegro, famoso por su fidelidad al Estado, el subjefe de los comisarios del pueblo.

Mientras colocaba los informes debajo de la almohada recordó a la muchacha que le sorprendió en el despacho del alto jefe político, permitiéndole huir. ¿Sería, su amante? La sola idea le llenó de cólera, sin saber por qué. La mujer tenía el rostro noble.

La alejó de su imaginación. Su labor en Moscú le exigía una absoluta integridad, una entrega absoluta a la labor encomendada. Y aun así era posible que no saliese vivo...

Tendido en el lecho, en un vano esfuerzo por quedarse dormido, evocó las palabras que le dijera, en su despacho de Washington, J. Edgar Hoover, el jefe del F. B. I.

—El Gobierno me ha pedido a mi mejor agente. Estamos rodeados de espías, y aunque nuestro trabajo es perseverante, sólo conseguimos descubrir a las cabezas visibles. Han desaparecido varios planos de armas secretas. Es preciso que «alguien» se desplace a Moscú en labor de espionaje. Necesitamos enterarnos desde allí de la filiación de los traidores. Sólo de este modo podremos trabajar para el bienestar del mundo civilizado. Usted pasó del periodismo a nuestras filas y habla el ruso. Puede ir como un corresponsal. Nosotros le crearemos un pasado falso y antecedentes comunistas. Necesitamos los nombres de los principales espías soviéticos en América. Ahora bien: nadie le obliga a ir. Yo se lo ruego. Es seguro que no volverá con vida. Allí le ayudará nuestro servicio de información. ¿Qué dice a todo ello?

—Que mi vida está al servicio de la patria y del
F. B. I.

Después, todo fué fácil. Las dificultades comenzaron al tropezar con los naturales recelos de la nación más enigmática del mundo, pero una serie de reportajes alabando el régimen ruso las disiparon,

convirtiéndole en hombre de confianza.

Llevaba cerca de un año en aquel servicio, auxiliado, como Hoover le prometió, por sus compañeros de servicio de espionaje.

Aquella noche, dos le habían acompañado a una misión peligrosa, que evidenciaba más la astucia de la gran máquina policiaca rusa: la

N. K. V. D.

¿Quién iba a imaginarse que la oficina de informes secretos estaba instalada en la Academia Militar?

Ahora, a empezar de nuevo la tarea, en un campo más peligroso: en el Sovnarkom, cuyo segundo jefe era Andrei Yegorov.

Cuando se durmió, una pregunta le angustiaba; ¿se habrían salvado sus amigos?

**Pidan los inigualables cuadernos de dibujos:
AVENTURAS DEL F. B. I.**

**A
EDITORIAL ROLLAN**

SAN BERNARDO, 68.—MADRID

IV



OS amplios salones del palacio de la Embajada de los Estados Unidos en Moscú brillaban esplendorosamente. Las grandes arañas despedían reflejos de cristal sobre los uniformes de gala y las etiquetas. Las señoras prestaban un particular encanto a la fiesta con sus trajes largos y exóticos.

Música..., risas..., taponazos de champaña... Un tríptico indicador de que los invitados hallábanse satisfechos.

La temperatura era buena y en el jardín paseaban numerosas parejas, gozando del regalo de los primeros nuncios de la primavera.

Andrei Yegorov con el uniforme de los comisarios del pueblo, fumaba cigarrillo tras cigarrillo sentado en un banco de madera. A su lado, una mujer: Olga Maxinovna.

—Me molestan festejos semejantes. No lo puedo remediar. La música parece un insulto a un mundo que se estremece, convulsionándose.

Las palabras de Yegorov eran, lentas, fruto de la meditación. Ella contestó:

—Volvamos a casa... A mí me trae esto tristes recuerdos.

—No es posible, Olga. Lo tomarían a desaire. Vayamos al salón y bailemos. Deseo que los occidentales vean que nosotros también sabemos beber y reír. Nos conviene a los dos. Adema... —inició, sonriendo Andrei.

—¿Qué?

—Me gusta ser envidiado por ir junto a usted. Nuestra llegada produjo sensación.

En efecto. La muchacha, con un traje blanco hasta los pies y, flotante, una capa, de terciopelo negra, estaba hermosísima. El cabello, recogida en la nuca, destacaba más el óvalo perfecto de su rostro, en el que los ojos negros eran como dos cielos, con la estrella de la pupila.

Entraron del brazo en el interior del edificio. Olga miraba atentamente a Yegorov, descubriendo un hombre desconocido, humano, cordial, el mismo que ella estimara al verle por vez primera. Un camarero les ofreció unas copas de champaña, que aceptaron. Él, elevando levemente el brazo, hizo una inclinación de cabeza, bebiendo hasta el último sorbo. Olga comprendió el brindis, correspondiendo.

La orquesta interpretaba un «vals» de la Viena romántica. La muchacha miró a su compañero y éste, enlazándola por el talle, inició dulcemente la danza, con pericia extraordinaria. Dijo:

—Es un modo como otro cualquiera de alejarse de preocupaciones. Aturde más el baile que el «vodka». El hombre no puede vivir sin responsabilidades. Ése es su auténtico castigo.

Yegorov, hablaba, sin pensarlo, de la tragedia de su vida. La joven le observaba con detenimiento. Cesó la música y fueron a sentarse en unos cómodos butacones tomando otra copa del espumoso licor.

—¿Es usted feliz? —le preguntó ella, sintiéndose ganada por la extraordinaria personalidad de su acompañante.

—La felicidad es un valor relativo. Sirvo a mi patria. Eso es

todo.

—Pero... ¿carece de compensaciones humanas?

—¡No tengo tiempo que dedicar en mí! —replicó Andrei algo irritado—. Lo de esta noche es excepcional.

Iba a argumentar de nuevo Olga, cuando una voz sonó a sus espaldas:

—Señorita, ¿me concede el honor de un baile?

Se volvió y su rostro tornóse pálido. Aceptó, buscando alejar de Yegorov al recién llegado, reprochó:

—¿Cómo se atreve a tanto? ¿No ve que le pueden detener?

Él sonrió antes de responder. Luego dijo:

—Me enorgullezco de que se preocupe por mí. No puede sucederme nada. Soy un adicto al régimen ruso.

—Yo mejor diría un traidor.

La frase había surgido espontáneamente de los labios de Olga. Le irritaba el cinismo de aquel hombre al que Yegorov había llamado Richard Vance. Sintió que la mano de él crispábase en torno a su talle. Le miró al rostro y no pudo descubrir la menor anormalidad. Oyó casi en sus oídos:

—¿Por qué me odia? Yo, sin embargo, sólo pretendo ayudarla.

—¿En qué?

—Pronto lo sabrá. Conozco la historia de su vida. Por eso confío en usted.

Maxinovna no contestó. Había algo en los ojos de Richard que le admiraba: audacia. Por otra parte el periodista, parecía un perfecto caballero, vistiendo el «frac» con irreprochable elegancia. Oyó:

—Ha de perdonarme. Aún no me presenté, Oiga. Me llamo...

—Richard Vance —le interrumpió ella—. Yo también poseo mis medios de información.

—Delicioso. Nuestro conocimiento e identificación adquiere el matiz de una interesante aventura. ¿Tendrá usted valor, para continuarla?

—No le entiendo —se defendió Oiga.

En ese momento la música cesó. Richard, con indiscutible elegancia, tomó dos copas de la bandeja de uno de los camareros, diciendo a modo de temáis:

—Por qué no se acobarde nunca.

Bebieron. Después el hombre, del brazo, la llevó hasta el lugar

donde fumaba Andrei. Se disculpó irónicamente:

—Perdone, camarada Yegorov por haberle privado unos momentos de tan grata compañía.

—Celebro saludarle, señor Vance —fué la seca respuesta—. Por cierto que quisiera hablar con usted mañana a las doce. Puedo darle una información interesante. ¿Irá?

—Desde luego. Además cumplo un deber —el corresponsal hizo una leve inclinación, despidiéndose—. Adiós, señorita. A sus pies.

Oiga Maxinovna le vió marchar, no pudiendo menos que admirar la gallarda figura del que se alejaba. Le sorprendió la voz de Andrei, tuteándola por vez primera:

—¿De qué habéis hablado?

Ella le miró con asombro, sorprendida por el brusco tono y la expresión violenta de su compañero. Repuso, no queriendo darse por ofendida:

—De tonterías. Son muy galantes los americanos.

—Siempre con exceso. Ese periodista...

No llegó a terminar la frase, pero Olga adivinó una oculta animosidad. Quiso sondear sus pensamientos en su deseo de proteger al joven:

—¿Sabe algo feo de él?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

El tuteo continuaba. La muchacha reparó en que Yegorov estaba irritado, haciendo supremos esfuerzos por contenerse. ¿Qué le había ocurrido? Un pensamiento le acometo: ¿acaso estaba celoso? Le miró fijamente. Él, sorprendido por la expresión de la joven, deshizo entre sus dedos nerviosos un cigarrillo. Luego, bruscamente, habló:

—¿Nos vamos? Me repugna esta gente.

Olga asintió con el gesto. En el vestíbulo, un obsequioso sirviente les ayudó a ponerse los abrigos.

Al salir a la calle, el cambio brusco de clima les sobrecogió. Maxinovna, metió sus manos en el bolsillo, tropezando con un papel. Estaba segura de no haberlo llevado a la fiesta. ¿Un mensaje?

Andrei la ayudó a subir al automóvil. La muchacha sentóse en el cómodo asiento, y durante todo el recorrido no cambiaron palabra.

Ya en la casa, con una despedida cortés, pero fría, se separaron. Olga, al entrar en su cuarto, leyó:

«Si quiere ver a su hermano, la espero, a nueve de la noche, en la plaza de la Lubyansaya. Si se quiere, y le quiere bien, guarde el máximo silencio y vaya sola».

La nota estaba escrita a máquina y carecía de firma. La joven, sintiendo que en su cerebro se precipitaban, aturdiéndole, las ideas, prendió fuego al misterioso mensaje. Todo aquello era una trampa para comprometerla.

Ahora comprendía el extraño brindis: «Por qué no se acobarde nunca». Richard Vance confiaba en su ayuda y, en suma, no era sino un enemigo de Yegorov, de la Rusia que ella también odiaba.

Tardó mucho en quedarse dormida, y cuando lo hubo conseguido, vio su descanso turbado por espantosas pesadillas, en las que se mezclaban los rostros de Andrei y del americano.

La Lubyansaya, centro comercial de la ciudad de Moscú, comenzaba a quedarse desierta. Los establecimientos habían cerrado sus puertas, y sólo restaban, diseminados por las aceras, algunos vendedores que, lentamente, se retiraban, faltos de la luz precisa para continuar sus operaciones.

Era ya de noche, y la plaza, iluminada pobremente, adquiría un triste aspecto. Las casas de construcción antigua, grises, del color de la piedra, alzábanse como fantasmas de un mundo desconocido.

Olga Maxinovna llegó con cinco minutos de antelación a la cita. Para no despertar sospechas en los posibles observadores, paseó, indiferente, al parecer, aunque su corazón palpitaba emocionado. ¡Ver a su hermano! ¿Sería cierto? Una voz conocida dijo:

—Chica valiente.

Se volvió. Ante ella estaba Richard Vance, sonriendo. Se estrecharon las manos. La de ella temblaba. La de él ardía.

—Si no le dan miedo los traidores, subamos a ese coche que se acerca. Lo conduce un hombre de mi máxima confianza.

Así lo hicieron y el vehículo arrancó.

—Quiero explicarle algo para que no construya, demasiada novela con los hechos en los que he intervenido, Olga. Soy, simplemente, un corresponsal que busca las noticias hasta en casa de los comisarios políticos. Bien cierto que no creí hubiese nadie. En cuanto a lo de hoy, es también otra información más. El nombre de su hermano es muy conocido en los Estados de la Unión, y me interesa charlar con él unos instantes. Carezco de categoría para ser

un traidor, como usted me llamó anoche. Los profesionales de la Prensa buceamos en los secretos de todas las vidas, y ello constituye nuestra arma más formidable. Me interesa la historia de ustedes. Es trágica. Por eso me he expuesto. La tengo en gran estima desde que me dejó marchar sin escándalo. Y he querido devolverla el favor. Me consta que, si nos descubren, me deportarán de Rusia; más merece la pena correr riesgos con un sentido deportivo...

Richard había hablado muy despacio, pesando cada una de las palabras, con el rostro serio. Al terminar, floreció de nuevo su sonrisa irónica. Olga habíale escuchado con asombro, que creció al oír:

—Claro está que también puede ser que me haya enamorado de usted. Es realmente encantadora. ¿Fuma?

—No, gracias.

Vance había extraído de uno de sus bolsillos una lujosa pitillera. Bajó levemente los cristales para que entrara el aire, encendiendo luego con expresión satisfecha. Olga, desconcertada, guardaba un completo mutismo. Al fin, se decidió:

—¿Dónde vamos? No tengo sino motivos para desconfiar de usted.

—Lo comprendo —fué la réplica—. Dentro de unos minutos se tranquilizará. Hace una hermosa noche.

El automóvil se detuvo en una calle desierta, rodeada de solares. Richard y Olga anduvieron unos pasos en silencio, doblando una esquina. Él la había cogido del brazo, y la muchacha sintió una sensación de seguridad y confianza. A su derecha, se alzaba una alta tapia. El camino, pletórico de almendros, en los que se rompía la luz de la luna, era encantador.

No hablaban, con los nervios tensos. Vance llevaba su mano izquierda en el bolsillo de la americana, oprimiendo, quizá, una pistola. Al llegar junto a una gran verja, se detuvo, y, al parecer, despreocupadamente, encendió un nuevo cigarrillo.

—Pueden vernos.

—Nos tomarán por una parejita de enamorados. Al menos, eso supondrían en mi país.

Rechinó la puerta enrejada. Richard la animó:

—No le dé miedo. Todo va saliendo a la perfección.

Después penetraron en el interior, alcanzando una amplia

explanada, de la que partían varios paseos. Alguien se acercó:

—¡Hola, Black! Por nuestra parte, sin novedad. ¿Lo has traído?

El interpelado no contestó. No era preciso. Un hombre alto, de anchas espaldas, surgió de detrás de un grueso árbol. Exclamó:

—¡Olga!

—¡Alexi!

Y los dos hermanos se fundieron en un emocionado abrazo. Richard y su acompañante se separaron discretamente unos minutos, dejándoles que hablaran. Oyeron que ella decía:

—¿Te han torturado?

—No. Me tratan bien. ¿Por qué habían de hacerlo? Tengo plena libertad en el laboratorio, y todos me obedecen. Dentro de unos días, me nombrarán director.

El tono tranquilo de Alexi impresionó a su hermana, que inquirió:

—¿Ya no les odias, como antes?

La expresión de él fué de estupor:

—No te entiendo, hermana. Siempre he sido un admirador de la U. R. S. S.

—No es necesario que finjas. Estos hombres son de confianza.

—Ya lo sé —el tono de su voz era sincero—. S; no, les denunciaría. No se debe traicionar al Sovnarkom. Trabajan por el bienestar de la clase humilde.

Iba la muchacha a replicar, cuando Richard intervino, sin dejarse ver:

—Vayámonos ya. Es muy peligroso permanecer aquí.

Olga y Alexi se abrazaron, y a poco, Black desaparecía con su compañero. La muchacha preguntó al periodista:

—¿Qué lugar es éste, tan sombrío, tan extraño?

—El cementerio armenio. Era el único sitio que ofrecía seguridad.

Callaron hasta llegar al coche. Vance, ya dentro, interrogó:

—¿Qué le sucede? La encuentro desorientada.

—No me gusta la expresión de mi hermano al abrazarme, ni después. Parece otro hombre. El brillo de sus ojos es distinto.

—Usted lo ha dicho. Olga. Si me promete obedecerme, le contaré algo tan monstruoso, que se resiste a la imaginación. Pero ha de hacer lo que yo la mande.

—Diga.

El rostro de Richard Vance se tornó severo.

—Alexi es ferviente comunista, y del cual no puede uno fiarse. He podido descubrir que, mediante una «leucotomía» (una complicada operación en el cerebro), le han transformado completamente de sentimientos e ideas, haciéndole olvidar su pasado y hasta sus padres. Lo extraño es que la haya reconocido. No lo esperaba. Sin duda, se debe a que es la imagen más reciente.

Hubo una larga pausa. Luego, prosiguió:

—Su hermano es un gran químico, y el Estado le necesitaba. Hoy es sólo un autómatas, sin otra voluntad que la de sus amos.

Olga Maxinovna lloraba. Él, compadecido, la puso una mano sobre sus cabellos, acariciándola dulcemente.

—Cálmese. Es preferible a que le hubiesen matado. ¿Me juzga ya un traidor? Aborrezco tales procedimientos. Eso es todo. Y ahora ha de fingir ignorarlo, poniéndole, incluso, buena cara a Andrei Yegorov.

—¿Acaso tiene él la culpa?

—Directamente, no. Mas no olvide que es un hombre íntegro y apasionado de su idea, y capaz por ella de cualquier atrocidad. Algo que no se da con demasiada frecuencia en el mundo. Yo creo que se ha enamorado de usted.

—¿Por qué lo dice?

—Les observé en el baile. La principal misión del periodista es ésa. Hemos llegado cerca de donde vive, en el puente Kruimski, sobre el Moscova. ¿Puedo confiar en usted? Si se supiera, mi participación en lo de esta noche, lo pasaría bastante mal.

—Cuente conmigo, Richard.

Las manos se estrecharon, y a los pocos segundos, el vehículo enfilaba el bulevar Zubovsk. Olga respiró. Aquel ser extraordinario estaba, al fin, libre de peligros.

Pero se equivocaba. La parte más arriesgada quedaba por hacer aún, y a efectuarla se dirigían ahora.

Richard Vance recorrió completamente el cristal que separaba la cabina del conductor, y que hallábase medio entornado, preguntando:

—¿Qué te parece todo esto, Jorge? ¿Crees que podremos arriesgarnos con ella?

—Mi opinión no cuenta. Me limito a obedecerte, más creo que esa muchacha será fiel. Sólo veo un peligro: que se enamore de Yegorov. Es un hombre con la suficiente personalidad para atraer a cualquier muchacha.

Mientras hablaba, el agente del

F. B. I.,

no perdía de vista el canino. Penetraban ahora en más callejas del este de la ciudad, donde comenzaba el que antaño fuera el famoso barrio chino de Moscú.

Richard pensó en alta voz:

«Qué extraño que haya reconocido a su hermana. ¿Será un fallo de la “leucotomía”? Intentaron con él el absoluto olvido de su antigua historia».

—Hemos llegado. ¿Voy contigo? —Fué la respuesta de Jorge, que paró el automóvil.

—No; prefiero que me esperes al volante, por si hay que escapar. La última vez no me gustaron unas caras.

Durante el largo recorrido se había puesto la fina mascarilla de goma, que pegó con una sustancia de color carne, enfundándose los guantes. Luego pasó la pistola del bolsillo de la americana a la funda sobaquera y, tras de comprobar mediante un espejo que su caracterización era buena, descendió ágilmente del automóvil recorriendo una calle de sórdido aspecto, al final de la que había una taberna asotanada donde penetró, sentándose en una de las mesas próximas a la puerta y procurando que su espalda, estuviese a la pared. Por fortuna la luz no era mucha, lo que le tranquilizó. Por un momento había temido que su caracterización fuese descubierta. El camarero se acercó solícito:

—«Vodka» —pidió Richard.

Mientras le servían recorrió con la mirada el gran salón del establecimiento, en el que, al fondo, varios zíngaros interpretaban una música dulce de violines, en una mezcla, extraña y sugestiva de «balalaikas» y acordeones.

La taberna estaba llena de un público heterogéneo. Mujeres de faldas voluminosas, en cuyos rostros se leían los estigmas del vicio, y otras, acompañadas por trabajadores o marineros, que acudían allí a tomar una taza de «borshcht» [6] antes de retirarse a sus casas a descansar de la agobiadora jornada. Grupos de hombres solos

bromeaban con las muchachas teniendo ante sí botellas de vino. En el aire, el humo del tabaco y de las respiraciones se unía con alguna carcajada, femenina. Era un establecimiento de, corte antiguo, encanallado, con fama de barato burdel.

La iluminación, pobre, constaba únicamente de una gran lámpara metálica con varios brazos. Lo que hacía que los rincones permanecieran sumidos en la penumbra. Richard llevaba en su bolsillo derecho, copiados en un espacio inverosímil, el texto de los documentos sustraídos a la Academia Militar. Si era sorprendido le esperaba el fusilamiento, no sirviéndole de nada su condición de extranjero.

Bebió despacio, encendiendo un cigarrillo en espera del momento oportuno. Los músicos tocaban una antigua balada rusa y, el alma del joven se llenó de tristeza, de melancolía, dejándose ganar por el sentido poético, amargo, de la composición. Una mujer, a su derecha, comenzó a cantar con la voz ronca por el aguardiente. Alguien gritó:

—Que se calle esa vieja. Bastante tenemos con aguantar la música.

Richard se volvió para ver quién hablaba, distinguiendo a un hombre corpulento de ancho rostro y manos grandes. Con él había dos sujetos más. Hallábanse a unos cuatro metros del agente especial al que el instinto avisó de un peligro.

Recordando las enseñanzas de la Academia de Quántico, se echó ligeramente atrás con la silla dispuesto a dejarse caer al suelo. Estaba precisamente entre la mujer y los individuos. Por fortuna terminó la canción y un zíngaro pasó por las mesas con el sombrero extendido, pidiendo. Recorrió el establecimiento por la parte opuesta a Vance de modo que éste fuese el último en dar su óbolo, cosa que hizo el joven, sin mirar al que se acercaba, con el máximo de los desprecios. Pegado entre los dos billetes, que aparentaban ser uno solo, iba un mensaje cuya posesión por la

N. K. V. D.,

equivalía a una sentencia de muerte.

Se reanudó la música. Richard, tranquilo ya, pidió «vodka» de nuevo disponiéndose a permanecer aún el tiempo preciso para no despertar sospechas.

Entró más público. El joven miró su reloj. Eran las doce y media

de la noche, la hora en que la hez del «Shanghai»[7] acudía a los tugurios a encanallarse.

Los zíngaros interpretaban una canción regional. La mujer borracha que había junto a Richard, subiéndose a la mesa, se puso a corearla desafortadamente. De todos los rincones del establecimiento surgieron voces airadas:

—«Doloi!».

—«Von!»[8].

El agente especial esquivó una botella lanzada, por los tres hombres que protestaron los primeros. ¡Resultaba inexplicable tan mala puntería! Les miró fijamente, incorporándose. Sin poderse contener, dijo:

—¿Quién les estorba, la que canta o yo?

Uno de los interpelados, repuso:

—Nos repugna oír a esa cotorra.

El dueño del establecimiento acudió, calmando los ánimos y obligando a callarse a la improvisada cantante, que sollozó histéricamente sobre el tablero de la mesa. Richard pensó que de haber sido alcanzado por el grueso frasco, hubiese perdido totalmente el sentido. La estratagema era endiabladamente habilidosa. No obstante nadie parecía sentir animosidad hacia él.

Llamó para pagar. Cada minuto que permaneciera en el local encerraba, un nuevo peligro.

Ascendió tranquilamente por la breve escalera. Vestía, a propio intento, deslucida ropa. Salió a la calle. Apenas hubo puesto el pie en el exterior cuando sintió en sus costillas algo duro, al tiempo que una voz le ordenaba:

—¡Quieto si no quieres morir!

Se volvió despacio, con los brazos ligeramente en alto, el derecho a la altura de la sobaquera izquierda. Vió a dos hombres vestidos con zamarras de cuero. Por ganar tiempo, repuso tranquilamente:

—Si buscáis dinero lo siento por vosotros. Sólo me quedan unos «kopeks». El resto me lo he bebido ahí dentro.

—Ahora lo veremos. Sigue delante.

El sorprendido agente especial ignoraba con quiénes tenía que enfrentarse. «Podían ser vulgares atracadores y también...».

No logró terminar el pensamiento, pues le golpearon

violentamente la cabeza haciéndole perder el sentido...

En el baquet del coche, Jorge se consumía de impaciencia, aguardando a su camarada que, por su reloj, llevaban ya dos horas dentro del tugurio. Nunca tardó tanto.

Nervioso, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, aplastándolos contra el parabrisas apenas encendidos. Al fin se decidió. La espera era inaguantable.

Entró en la taberna, luego de cerrar cuidadosamente el automóvil. El establecimiento estaba en todo su apogeo, pero a través de las nubes de humo no pudo descubrir a su camarada. ¿Qué habría sucedido?

No tuvo paciencia para sentarse y se acomodó en el mostrador, pidiendo un doble de «ginebras».

Necesitaba algo fuerte, aunque le abrasase el estómago. Se le acercó una mujer, diciéndole muy melosa:

—¿Te aburres mucho?

—No —mintió él, volviéndose—. Buscaba a un camarada. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Desde poco más de las once. Tal vez le haya visto. Dame sus señas.

Así lo hizo Jorge y ella, después de reflexionar unos segundos, habló:

—Sí; no tardó en marcharse.

—Se debió de aburrir. Mozo: cobre lo que le debo y un vaso de «vodka» para esta... preciosidad.

El agente especial rompió en una estentórea carcajada, propia de un rufián. Necesitaba fingir. Iba a volverse cuando le sujetaron por el brazo, al tiempo que le decían:

—A ésa no la convida nadie más que yo.

Se volvió. Tenía frente a él a un mocetón alto, de ojos enrojecidos por el alcohol. Uno de los típicos descargadores de estación. Su mano seguía firme en el antebrazo de Jorge.

—¡Suelte!

—Primero tienes que pedirme perdón. Esa mujer es mía.

El agente especial, encolerizado, propinó a su enemigo un fuerte puñetazo en la mandíbula que le hizo retroceder, tambaleándose, unos metros hasta, que, rehaciéndose, bramando como un toro, se lanzó en tromba contra su agresor, el cual, echándose a un lado, le

dejó pasar por su izquierda y estrellarse contra el mostrador. Algunos rieron y el dueño se acercó a Jorge, para decirle:

—Aquí están prohibidas las peleas...

Aunque un poco tarde, el del

F. B. I.,

se dio cuenta de que se trataba de distraerle. Se dejó caer al suelo, y un puñal pasó sobre su cabeza, clavándose en el pecho del tabernero, cuyos ojos se agrandaron por el dolor.

Medio tendido, algo le cayó encima, golpeándole brutalmente. Junto a su pecho vió una pierna y oprimió con el índice y el pulgar en la ingle del individuo que, con un gemido, cedió en el ataque, momento que aprovechó Jorge para incorporarse dando a aquel hombre una formidable patada en la mandíbula que le derribó sin conocimiento.

Todo había durado unos segundos, sin, que nadie interviniera.

El agente especial, convencido de que allí no encontraría a Richard, se dirigió a la escalera, Apenas subió los primeros peldaños; cuando dos hombres le amenazaron esgrimiendo pistolas de reglamento.

—Levanta las manos y sal a la calle. Nosotros te escarmentaremos.

No tuvo más remedio que obedecer. Antes de que esgrimiera su arma le habrían cosido a balazos. Llegaron al exterior, caminando unos metros. De pronto, Jorge jugándose la vida en el movimiento, se echó bruscamente a un lado. La culata de una pistola le golpeó fuertemente el hombro.

Recordando las enseñanzas de la lucha libre, agarró aquella muñeca volteando al sujeto en el aire y lanzándolo contra su asombrado compañero, que no esperaba semejante reacción. Los dos individuos cayeron y sólo uno se levantó alzando el arma para disparar. Sonó un sordo estampido y su enemigo cayó con el pecho atravesado por un balazo.

Celebrando haber tenido la preocupación de adaptar un tubo silenciador al cañón de su arma, Jorge enfundó, inclinándose hacia el hombre insensible que comenzaba a recobrar el conocimiento.

—¿Dónde habéis llevado a mi compañero? —le preguntó, zarandeándole. No le cabía ninguna duda de que Richard fué víctima de una emboscada semejante a la que él acababa de

escapar. Como el interpelado callara, el del

F. B. I.,

sacó una navaja, poniendo su brillante hoja ante el rostro del miserable—. Habla o te asesino.

Su tono no dejaba lugar a dudas. El agente especial estaba decidido a cumplir su amenaza. El individuo replicó:

—En Sarvinki, en el número diez.

—Lévame allí. Cualquier movimiento por tu parte equivale a un suicidio.

Y, quitándole la pistola, se la clavó en la espalda, haciendo presión en las costillas.

Atravesaron varias calles de misero aspecto y al fin llegaron a una casa.

—Llama y contesta que eres tú. Si me traicionas te mato.

Pero el aterrorizado sujeto había visto a su compañero muerto y no quería seguir su camino. Dió tres golpes espaciados y luego uno más. Sin duda era una señal convenida porque se oyeron pasos en el interior.

Deseando dejar los menos estorbos posibles, golpeó en la nuca a su guía en el preciso momento que un hombre le franqueaba la entrada. Intentó cerrar al ver el espectáculo más la pistola le contuvo. Jorge entró de un salto, y breves segundos después otro enemigo dejaba de serlo.

Ascendió la escalera con paso de lobo. En el piso de arriba sonaban golpes que al agente le pusieron el vello de punta. Bruscamente abrió una puerta. El cuadro le llenó de indignación. En una estancia cuadrada dos hombres azotaban con látigos de cuero a Richard, que, desnudo de medio cuerpo para arriba resistía el castigo sin una sola queja. Los verdugos no se volvieron, convencidos de que los que llegaban eran de los suyos. Uno habló:

—Contesta a lo que te hemos preguntado o no saldrás de aquí vivo. ¿Eres americano? En realidad ésta no es, sino la primera de una larga serie de preguntas.

—Mejor será que os responda yo —dijo Jorge desde la puerta.

Los dos individuos giraron sobre sus talones intentando empuñar, los revólveres que pendían de unas fundas de cuero en sus costados, pero el del

F. B. I.,

se les adelantó, matándoles en el acto. Los proyectiles penetraron por la frente, destrozándoles el cerebro. Había disparado con la «Germán», utilizando el silenciador.

Desató a Richard, que se vistió rápidamente, diciéndole:

—Vámonos de aquí. La casa está llena de hombres.

Mas antes de abandonar la estancia, se inclinó sobre uno de los caídos, registrándole. Se dispó la incógnita sobre la identidad de los atacantes a la vista de un carnet en rojo en cuyo exterior se leían cuatro letras:

N. K. V. D.

—Admiro a sus confidentes. Es, quizá, la Policía mejor informada del mundo —comentó Richard.

—Huyamos. Siento verdaderos deseos de hallarme lejos.

—Sí; pero antes me agradaría echar una ojeada por la casa. ¿Trajiste la máquina microfotográfica?

—No.

En ese momento un automóvil se detenía con un seco frenazo. Pocos segundos después llamaban violentamente a la puerta.

Jorge y Richard se miraron.

Su presencia en la casa iba a ser descubierta dentro de breves minutos, al ver al centinela inconsciente. Vance se asomó a la ventana, que daba a una, calle posterior. ¡Tenían que saltar!

Se oyó una voz dando órdenes ya los dos agentes estaban en el aire Flexionaron las piernas al caer para no fracturárselas. Luego, corrieron en dirección al tugurio, pasado el cual hallaron su coche intacto.

Volaban hacia el centro de la ciudad. Richard, en unos minutos, se libró de la mascarilla y los guantes de goma pasando al lugar del conductor para que su compañero pudiese hacer lo mismo.

Después, quitaron la matrícula que llevaban y debajo apareció otra. La placa era de una materia que minutos después sería quemada.

—Ven conmigo al Metropol, Jorge. Parece que la

N. K. V. D.

se muestra más peligrosa.

Detuviéronse antes de llegar al hotel, sacando una botella de «vodka», de la que bebieron un trago. Luego, Richard echó un brazo derecho sobre el hombro de su compañero y cantando entraron en

el «*hall*». El empleado de guardia les chistó para que se callaran y simulando perfectamente estar beodos se dirigieron a él, diciéndole con voz pastosa:

—Tome un trago, camarada... Hip... Beba. Jorge derramó sobre el mostrador parte del líquido, insistiendo:

—Ande, no sea mali..., hip... malito. Un sorbo nada más; uno solo, solo, solo.

Insistía con esa tenacidad de los borrachos, comiéndose las palabras e hipando casi constantemente. Le costó bastante trabajo al funcionario meterles en el ascensor, llevándoles al piso. Mientras tanto, Richard comentaba:

—¿Te acuerdas de la morena?... Hip... Se la recomiendo... Es una chica muy... Hip... guapa y muy... Hip...

El empleado respiró cuando cerró la puerta tras de sí, no sin rogarles antes que no escandalizaran.

Ya solos, los dos hombres se miraron, rompiendo en una estrepitosa carcajada:

—Mañana se dejaría matar afirmando que estábamos como una cuba —comentó Richard.

Apenas había pronunciado tales palabras su cuerpo se puso rígido. Algo de su cuarto no se hallaba como cuando él se marchó. No podía precisar qué, pero era así. Ese sexto sentido que tantas veces le salvara la vida le avisaba inconfundiblemente.

—¿Qué te pasa?

Pero la respuesta de Vance fué desconcertante. Sacó la pistola de la funda sobaquera penetrando en el dormitorio y en el cuarto de la ducha sin descubrir a nadie. Aclaró:

—Me han registrado la habitación. Por un momento temí que estuviese aún el individuo. Al parecer, empiezan a sospechar de mí. Por fortuna nada han podido encontrar. Creo conveniente que mañana te lleves todos los útiles de trabajar a tu fonda. Aquí no debe quedar más que lo lícito. ¿Sabes quién me pareció el que entraba en la casa de Sarvinki? ¡Yegorov! El tono de su voz lo distinguiría entre mil. ¡Y pensar que he demorado una entrevista con él por hallarme indispuerto! Dentro de unas horas iré a ver qué cara tiene ese ogro. Es el más peligroso.

—Así creo yo —fué el seco comentario de Jorge, echándose sobre el largo diván—. Hasta mañana, amigo. Estoy rendido...

EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA
su niño puede adquirir:

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡LO MEJOR Y MAS ECONOMICO!

V



STO es todo, camarada Vance. El Gobierno soviético desea su colaboración en asunto tan complicado. No ignoramos su fidelidad a nuestro régimen y su deseo de que las relaciones entre Rusia y América sean cordiales y efectivas. No queremos poner en juego a nuestra Policía para evitar el escándalo diplomático de la detención de extranjeros. Haga lo posible por resolverlo usted intentando descubrir la identidad de sus compatriotas.

Andrei Yegorov, detrás de su imponente mesa de despacho, escrutaba el rostro de Richard, que, sonriendo, respondió:

—Le agradezco la deferencia, pero yo no me ocupo de esas cosas. Son muy... desagradables. Por mi profesión estoy decidido a correr los riesgos que sean necesarios. Y ninguno más. No soy un

hombre valiente. Estoy satisfecho de mi puesto tranquilo. Lo siento.

El comisario se aproximó a replicar:

—No he debido de explicarme bien. Mi ruego no es que se me convierta en un agente a sueldo nuestro, sino que si por casualidad descubriera algo, aconseje a sus compatriotas para que cesen en sus actividades. Nada más.

—Pues eso sí lo haré con mucho gusto. No obstante, le anticipo mi fracaso.

Richard se levantó, despidiéndose de Andrei con unas palabras corteses y atravesó un ancho pasillo por el que paseaban dos hombres uniformados, de la máxima confianza del «Sovnarkom».

Ya en la calle, el periodista llegó en pocos minutos junto a las murallas del Kremlin deteniéndose en la «Tumba de los Hermanos» que perecieron en la sangrienta revolución de 1917. Se volvió quedando frente a frente al mausoleo de Lenin, junto al que está el icono de la Virgen Ibérica, a cuyo pie hay escrita en rojo una frase que los intérpretes traducían a los escasos turistas: «La religión es el opio del pueblo». A la izquierda, la Catedral de Vesili, transformada en museo.

Anduvo despacio por las soleadas calles. La mañana era hermosísima. Un interrogante flotaba en su cerebro: ¿Cuál sería la maniobra de Yegorov? Quizá una advertencia. Después del registro de su habitación del Metropol resultaba indudable que los agentes andaban cerca de conseguir la verdad. Sin embargo, Andrei no pertenecía a la

N. K. V. D.

Abstraído en sus pensamientos no reparó en que entraba en la plaza Varvar. Una voz a su derecha le hizo reaccionar:

—Buenos días, Richard.

—Hola, Olga. ¿Me he retrasado?

—No. Por el contrario llega antes de la hora. Me adelanté yo en mi deseo de disfrutar del sol primaveral —respondió la muchacha.

—Entonces estupendo —habló el periodista consultando su cronómetro—. Es la una menos diez. Démos un buen paseo y después comeremos en cualquier restaurante. En ese mismo de frente a nosotros. Nos tratarán bien.

—Pero yo he de volver a casa... —insinuó tímidamente la muchacha.

—¡Claro! Y antes que el ogro. Yegorov acostumbra almorzar en su despacho oficial.

Silenciosamente bajaron por la calle Solyanka.

—Va triste, Olga. ¿Qué le sucede? Supongo que tendrá confianza en mí —la muchacha iba a responder, pero él la contuvo con la palabra y el ademán—. Mas no, ahora no. Gocemos de estas magníficas horas. Luego hablaremos de cosas desagradables.

La cogió del brazo. Fué un movimiento instintivo del que no se dió cuenta hasta, que la sintió estremecerse. Lejos sonaron numerosas sirenas y de fábricas y oficinas próximas salieron obreros y empleados de ambos sexos.

—¡Cuántas mujeres trabajando! —comentó Oiga.

—Ése es un mal propio del ambiente en que se desenvuelve el mundo. En América sucede lo mismo debido a la carestía de los productos de primera necesidad y al deseo de vivir con más lujo y con mayor independencia. La guerra las acostumbró a hacer de todo.

Habían llegado al puente Izuzski, bajo el cual deslizábanse las aguas del río Yauza.

—¿Ha vuelto a saber de mi hermano?

Richard, sonriendo ante la brusca y ansiosa pregunta, respondió:

—Sí. Dentro de unos días le nombrarán director de la fábrica de productos químicos de Kabarovo, de los montes PaiKoi, próximos a la península Jalmal y bordeando el mar de Kara. Es, quizá, el puesto más importante, pues el grupo de industrias se dedica a los trabajos secretos de bacteriología y gases. No cabe duda que Alexi ha cambiado mucho. Es un hombre de confianza del Gobierno...

En las palabras de Vance había un poco de secreta amargura. Como nadie le contestaba, volvió la cabeza para mirarla. Gruesas lágrimas se deslizaban por las mejillas de la joven.

—Vamos, cálmese. Debe ser una gran tranquilidad para usted el que no corra ningún peligro. La prometo que volverá a verle antes de marchar.

—¡No! —respondió ella excitada—. ¡Es un traidor! Me ha denunciado a la

N. K. V. D.

—¡Calle! Ya me lo contará luego. Ahora —y alzo la voz deliberadamente— no debemos preocuparnos por el porvenir de los

pueblos. Rusia encontró su verdadero camino. Todos nos imitarán.

Maxinovna le miró sorprendida. Uno de los que recogían basuras en el puente se acercaba en ese instante.

—¿Hablaban de la

N. K. V. D.?

—Sí, camarada. Estábamos elogiando la admirable labor de nuestros policías.

El hombre les miró con desconfianza. Luego, enseñando un carnet, dijo:

—Lo creo. De todas formas muéstreme la documentación.

Richard obedeció, exhibiendo el pasaporte americano y la autorización del comisario del pueblo para visitar residencias oficiales.

—Está bien. ¿Y tú? —interrogó dirigiéndose a Olga.

—Vivo con Andrei Yegorov. Si no te basta puedes detenerme y el te lo dirá.

—Bien..., bien... Podéis marcharos.

El nombre del temido jefe del «Sovnarkom» había surtido su efecto.

Sin cambiar palabra retrocedieron de nuevo por la calle Solyanka.

—He aquí la gran fuerza de este país. En cada piedra hay un espía; en cada individuo un ser dispuesto a la delación. Sin embargo, me extraña que ese hombre mostrara su verdadera personalidad para un acto tan trivial. En fin, no nos compliquemos la vida y entremos a comer. Ya estamos llegando al restaurante Varvar.

Penetraron en el establecimiento, de marcado sabor europeo. Richard informó:

—El dueño es un americano que lleva residiendo muchos años en Rusia, Nos servirá bien. Después la llevaré a que conozca uno de los lugares más hermosos de Moscú: Sokolniki que en tiempos...

—Bosque de caza de los zares, como la dije mientras comíamos, aún conserva su aspecto rústico y montaraz pese a las numerosas quintas de recreo que se han ido edificando en los últimos tiempos. Mire.

Y Richard Vance extendió la mano hacia la derecha, dónde se

abría una alameda rodeada de almendros en flor. Más allá un lago natural daba al paisaje un aspecto poético.

—Es encantador —comentó entusiasmada la muchacha—. Parece increíble que ante tanta belleza los hombres sientan odios y se deseen la muerte.

—¿Por qué ideas tan tristes en una hora tan deliciosa?

Ella, alzando sus hermosos ojos, inquirió:

—¿Puedo hablarle con tranquilidad ahora?

—Sí —respondió él, bromeando—, aunque no me chocaría que cualquier almendro del camino fuese un confidente de la U. R. S. S.

—Yegorov me hizo la otra noche una escena terrible. Alexi envió una comunicación informando de cómo había sido llevado hasta el cementerio armenio, en Pryesnenskaya, para ver a una hermana cuyos sentimientos reaccionarios eran notorios. Quiso enterarse de la identidad de los que facilitaron la entrevista y no pudo, por ser la noche muy oscura. Terminaba la nota indicando que ante la seguridad del estado no debían oponerse sentimentalismos. Andrei me dijo que de repetirse, nadie sería capaz de librarme de una larga condena a trabajos forzados en Siberia. Sólo encuentro una disculpa. ¡Le han enloquecido! ¡Qué terrible es sentirse sola!

Richard, compadecido del sincero dolor de la muchacha, rodeó con su brazo el talle esbelto, diciéndola, muy cerca, casi al oído, prescindiendo de todo lo que no fuera cariño e intimidad:

—No estás sola, Olga. Me tienes a mí, dispuesto a morir a tu menor deseo. Serénate. Te prometo librar a tu hermano aun de sí mismo y sacarte de este infierno Yo...

Se calló. ¿Acaso no iba a decir demasiado? La joven, emocionada, no contestó. Se sentía débil y feliz en los brazos de Richard. ¿Cómo nació aquel amor que, aun sin palabras, sentía agigantarse en su corazón?

Miráronse. Las lágrimas, al poner un velo de rocío en los negros ojos de la mujer, los hacían brillar. Los de él reflejaban apasionamiento y ternura en extraña mezclanza.

—Es hermoso vivir, Olga. No debe acobardarnos la existencia. Por desgracia nos ha correspondido desenvolvernos en una época de hierro, donde los hombres y las mujeres debemos ser de acero para no doblarnos. Sin embargo, también tiene la lucha su belleza. El

león acechando a la gacela encierra un gran realismo, una suprema enseñanza. El triunfo del más fuerte y del más astuto.

Richard calló unos segundos. Desde el pequeño montículo se divisaba la ciudad, con sus típicas edificaciones de estilo oriental y las altas agujas de las torres, ambiciosas de cielo, de inmensidad. Los dos jóvenes, unidos por el alma, sin haber cruzado una sola palabra de cariño, con el hermoso fondo de Sokolniki, simbolizaban la juventud, la esperanza. El aroma de los almendros llegaba hasta ellos como un perfume que les enviara la Madre Naturaleza, cuyas leyes inmutables hacen pensar, aun a los incrédulos, en la existencia de un Ser Supremo.

Llegaron hasta el lago donde nadaban pececillos de todos los colores, sentándose en un banco; de madera, próximos al agua.

—¿Quién eres? —preguntó Olga—. A veces adivino en ti una segunda personalidad.



Es un traidor. ¡Me ha denunciado a la N. K. V. D.!

—Soy... simplemente un periodista que se enamoró de ti desde el primer instante y que está dispuesto a ser feliz. ¿Me quieres?

—Con toda el alma.

—Pues entonces... Ten confianza. Cuando termine mi trabajo en Moscú te llevaré conmigo a América y nos casaremos.

Los labios se unieron con las últimas palabras. Sin embargo, detrás de un árbol, a unos veinte metros, alguien alzó un moderno fusil de repetición y apuntando cuidadosamente, disparó Richard, que se había apartado en ese instante para contemplar a Olga, sintió en sus oídos algo así como un trallazo. La detonación llegó unos segundos después.

Sin dudarle un instante, empujó a la muchacha detrás de un grueso abeto, parapetándose en él. Desde allí pudo ver a un hombre que corría, perdiéndose en la espesura.

—Le estorbo a una persona y ya sé por qué —fué el seco comentario de Vance.

Olga Maxinovna, para quienes tales palabras constituyen un enigma, tuvo la respuesta a las pocas horas, en la residencia de Andrei Yegorov.

Acababa de tomar una taza de té, preparado en el «samovar», sonriendo feliz ante la dicha que presentía junto a Richard, hombre valeroso, de tan exquisito sentimentalismo. Pedro Pavlenko, el fiel criado, la miraba en silencio, intuyendo que una rosa acababa de abrirse en el corazón de la muchacha. Respetuoso para, con su ama, no hizo ninguna pregunta.

Los leños crepitaban en la chimenea al ser consumidos por el fuego y su sonido parecía decir a la joven: «Huir..., huir..., huir...». ¡Qué hermosa palabra, cara a la felicidad!

La sacó de su ensimismamiento la salida de Pedro, obedeciendo a una seña que Yegorov le hiciera al entrar en la estancia. Al volverse vió al comisario y se extrañó de que llegara tan pronto a casa.

—Buenas noches, Olga.

—Hola, Andrei. ¿Quieres una taza?

Como el interpelado asintiera, ella se levantó, disponiéndolo todo en unos segundos. Yegorov la veía andar por la habitación, no pudiendo menos que admirarse de su elegancia.

Luego, sentados ante el fuego, teniendo el humeante té en una mesita enana, sintieron caer sobre sus personas el peso abrumador del silencio.

—Ha hecho un día magnífico, Olga. El primero de la breve, pero magnífica, primavera de que gozamos en Moscú.

—Sí. Daba gusto pasear por el sol —respondió la muchacha,

procurando ser amable.

Pero una muralla de hielo separaba al hombre y a la mujer. El comentó, triste:

—A veces pienso si me odias o me desprecias.

Las palabras sonaron como latigazos en los oídos de Maxinovna, que replicó:

—Ninguna de las dos cosas. Nosotros pertenecemos a dos concepciones distintas de la vida. Nos separan años de Historia. Te estoy agradecida. Me librate de morir entre los hielos de Kotlas. Me has dado tu casa y tu confianza.

—¡Gratitud! Si vieras cómo odio esa palabra... Pienso contrariamente que tú. Creo que el Destino nos ha unido para algo. La Historia, a que aludías, la forjamos los hombres con nuestra, decisión y nuestra violencia. Quiero que me oigas en silencio, Olga. Temo que me hayan confundido con una máquina. ¡Y soy un ser humano!

La última frase denotaba angustia. Maxinovna le miró, sorprendida. El rostro de Yegorov expresaba una dureza sin límites, pero sus pupilas habíanse agrandado, humedeciéndose levemente por los recuerdos. Dijo:

—Mi historia es vulgar y terrible, como la de tantos hombres de nuestra patria. Nací en Poltava, en Ucrania, al sudeste de Jarcov, en el llamado «granero del mundo». Mis padres eran campesinos y a los treinta y cinco años parecían tener setenta. En casa se pasaba mucha hambre, llegándonos a faltar hasta el pan. Muchas veces ola decir:

«Antes, el zar...; ahora, éstos... Siempre acompañándonos la miseria».

»A los trece años fui al trabajo, igual que un hombre. Pasé frío, y me fatigué, con el torso inclinado hacia la tierra, recolectando unas espigas que nos aseguraban era el porvenir de Rusia. ¡Para qué entrar en detalles! En el pueblo estábamos reducidos a la indigencia. Un día se presentaron dos hombres en casa y me llevaron a un gran edificio: era la Escuela Militar de Stalingrado, situada junto al Volga. Aún recuerdo las palabras que cruzaron mis padres, segundos antes de marchar:

»Es mejor. Así no morirá de hambre...».

Andrei Yegorov se detuvo en su relato, hundiendo la cara entre

las manos. Prosiguió:

—Pronto, la gimnasia y una alimentación sana hicieron de mí un muchacho robusto. Era, de los pocos que en Poltava sabía leer y escribir, y mi inteligencia se abrió, gozosa, a la enseñanza. Todos los meses recibía una carta de casa comunicándome que se encontraban bien. Destaqué de mis compañeros, distinguiéndome especialmente en la clase de explosivos. Allí me enseñaron la diferencia existente entre la nitroglicerina y la nitro celulosa, base de multitud de pólvoras sin humo, y los procedimientos eléctricos y pirotécnicos para hacer estallar terribles artefactos. Supe de Física y Química, perfeccionándome en la teoría y en la práctica del volumen de los gases, presiones, temperatura, potencia y velocidad de los proyectiles... Me gustaba enredar en el laboratorio. Comprendí claramente que «un explosivo es un sistema químico que fácilmente puede descomponerse para formar otro más estable; es decir, un cuerpo cuya estabilidad química es pequeña», así como que, «para que un explosivo sea práctico, conviene que su estabilidad esté comprendida entre ciertos límites; porque, si es muy pequeña, cualquiera causa exterior le hará estallar, y será peligroso, y si sucede lo contrario, habrá que recurrir, para descomponerlo, a procedimientos muy enérgicos y costosos». Recibí una completa educación, sin olvidar la política.

Andrei calló, prendido en las redes del recuerdo. Olga le miraba atentamente, sorprendida por aquellas confidencias. En la chimenea murmuraba el fuego su canción de chispas.

—Fui un alumno aventajado, y a los veinte años me trasladaron a Moscú, donde comencé los estudios superiores, para alcanzar el grado de ingeniero, haciéndome miembro del Comité local del partido. Mis ascensos fueron rápidos. Lucharía con todas mis fuerzas para que las sucesivas generaciones no pasaran una infancia como la mía. Era y soy poseedor de una fe inmensa en el porvenir de Rusia. Toda mi vida ha sido de trabajo y de estado. Nunca tuve tiempo de pensar en otra cosa hasta que te encontré, Olga. Entonces comprendí que el amor a la patria, la ambición por un porvenir mejor, no pueden llenar la existencia de un hombre; que se necesita más, precisamente «eso» que yo siempre alejé de mí, porque me robaba un tiempo precioso. Desde entonces he luchado desesperadamente con el deseo de vencerme y, por primera vez, he

fracasado. Hay algo superior a la voluntad de un hombre: sus sentimientos.

Con mano que temblaba, Yegorov tomó un sorbo de «samovar». Luego, elevando la mirada, fijos sus diamantinos ojos en los de Olga Maxinovna, habló, secamente, como si diese una orden en lugar de hacer una pregunta:

—¿Quieres casarte conmigo?

La muchacha, atónita por la inesperada proposición, no contestó, y Andrei habló de nuevo:

—Conoces mi vida, en la que no hay ni un solo acto deshonesto. Con nosotros se unirán dos auténticas aristocracias: la de la sangre y la del trabajo. No supongas que ignoro tu pasado. Tú descendes del general Iván Chadai, favorito de la corte de los zares, duque del Soj. Yo, del pueblo, cimentando mi posición en la laboriosidad y el propio esfuerzo. Nuestros hijos conocerán una Rusia mejor...

Oiga Maxinovna sintió en su corazón una gran rebeldía. El aplomo de aquel hombre, su personalidad, su dominio de las reacciones emocionales, le irritaban. Contestó irónica, mordaz:

—Supongo que tendré que levantarme y decirte: «Se hará lo que mande el camarada comisario. A tus órdenes».

Desconcertado por la réplica, Andrei se defendió:

—No. Te he hablado humanamente, revelándote mi pasado.

—¡Humanamente! —¡cuánto desprecio en la voz de la mujer!—. ¿Qué sabes tú de humanidad? Lo único que existe para vosotros es la razón de Estado, y al amparo de ella, no vaciláis en exterminar al que os estorba. Yo no puedo casarme con uno de los que, colectivamente, asesinaron a mis padres, a mis hermanos... Eres un...

Calló. No había querido llegar tan lejos. Andrei, con el rostro frío, apremió:

—Sigue —y como no obtuviera respuesta, repitió, con más firmeza—: ¡Sigue!

Mas Olga, incapaz de resistir la helada expresión de Yegorov, doliéndole la ofensa que aquel hombre no se merecía, rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Lágrimas! —comentó secamente el comisario—. ¡La gran fuerza de los débiles! Herir, emponzoñar para siempre la vida de los demás, y luego, como toda réplica, el llanto. Te creía un ser fuerte;

hoy me convenzo de mi error. ¡Si pudiera sacarme el corazón del pecho y pisotearlo!...

Tanto desprecio reflejaban las palabras de Yegorov, que Maxinovna alzó los ojos con ira. Él, al observarlo, dijo de nuevo:

—Prefiero el odio a la piedad. Las mujeres nunca saben seguir el camino de la verdad. Tú estás enamorada de ese americano cobarde, de un hombre distinguido...

—¡No! —gritó ella defendiéndole, temerosa de los celos de Andrei.

—Es inútil que lo niegues. Durante varios días te han seguido agentes a mis órdenes, informándome de todos tus pasos. Pero te salvaré, aunque tú no quieras. No ama más el que da todos sus caprichos al hijo, sino el que le educa para una nueva vida con mano dura, poniéndole, si es preciso, bajo el bisturí del cirujano para que, desgarrándolas, sane sus carnes. Yo te libraré de Richard Vance.

—¡No eres quién para entremeterte entre los míos! ¡Somos libres! —reprochó ella.

—La libertad es un concepto relativo, algo que puede concederse a lo íntimo del corazón, a eso que llamáis el espíritu, no a los actos externos. Sé libre interiormente, pero no te unas a los enemigos de tu patria. Los sentimientos no pueden controlarse y son tuyos. Dueña eres de aborrecerme. Sin embargo, no podrás huir de mí, porque soy el más fuerte. Y en cuanto a ese corresponsal...

—¡No le hagas nada! Ni él ni yo tenemos la culpa de querernos —imploró la muchacha, sometida por la voz enérgica de Andrei.

—Lo echaré de Rusia para siempre. No temas. Pese a que antes me has llamado asesino, yo no privo de la vida a ningún hombre, a no ser que sea merecedor de ello.

Hizo una pausa larga, para decir luego, con tono cansado y triste:

—Desde mañana vivirás con tu hermano. No quiero imponerte en un futuro mi presencia. Los dos saldréis de Moscú.

—¿Y si me negara? —desafió ella.

—Te obligaría —fué la lacónica respuesta.

—Y tú, ¿quién eres para hablarme así? ¡Quién! —desafió la joven.

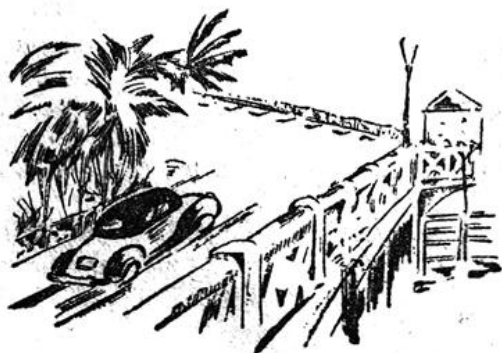
Una sola palabra bastó para dejarla anonadada, palabra que

había hecho temblar a millones de seres:

—«Vlast» [9].

Olga Maxinovna se retiró a su cuarto, tendiéndose vestido en el lecho, mientras en su cerebro le martilleaba, implacable: «Yiast»... «Vlast»...

Agotada por tan sucesivas emociones, se quedó dormida y su sueño vióse turbado por monstruosas pesadillas...

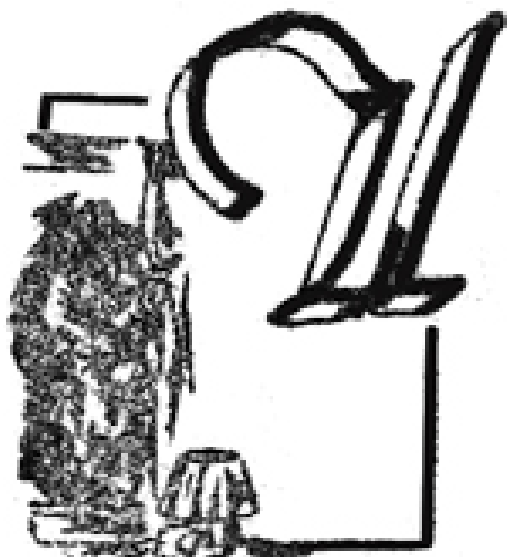


¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.
¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VI



N viejo, abultada la columna vertebral por quién sabe qué dolencia, caminaba despacio por el bulevar Zubovsk en dirección al puente Kruimski. Su paso era torpe y vacilante, como el de un beodo o un enfermo. Su rostro, lleno de arrugas, y sus manos, sarmentosas. Vestido de harapos, daba lástima contemplar tan miserable figura.

Atravesó el Moscova por el Kruimski, entrando, al fin, en la plaza Kaluzhsk, del distrito Yakimanskaya, en una de cuyas puertas paseaba un hombre armado de una gran pistola. El viejecillo, con una colilla apagada en la boca, se acercó al único ser viviente en muchos metros a la redonda. Eran las tres de la madrugada.

—Camarada, he terminado los fósforos.

El aludido miró al que le hablaba, con un gesto de desconfianza, que fué sustituido por otro de desprecio.

—¡Largo de aquí!

El mendigo se había acercado mucho al despótico centinela. De

pronto se irguió. Su joroba y flacidez desaparecieron como por encanto y sonó el golpe de una culata de revólver al chocar, de abajo arriba, con una mandíbula.

En un santiamén, el vigilante yacía atado y amordazado en el interior del oscuro portal, una de cuyas hojas permanecía abierta. Después, el falso anciano subió ágilmente las escaleras sin producir el menor ruido, deteniéndose ante una puerta, en la que, con sumo cuidado, fué introduciendo minúsculas ganzúas hasta franquearla. La operación habíase realizado en pocos minutos.

El hombre, ayudándose con el hilo de luz de una diminuta linterna, pasó ante dos habitaciones, para penetrar en una tercera. Su calzado de goma no producía el menor ruido.

Estaba en un despacho, que debía de serle familiar, porque no tropezó con ninguno de los dos grandes butacones del centro de la estancia, alcanzando el sillón de alto respaldo, ante la mesa de trabajo. Allí, sentado, permaneció unos segundos. Luego, convencido de que, por el momento, no le acechaba ningún peligro, comenzó a abrir cajones, ayudándose de llaves falsas. Su rostro, iluminado de reflejo por la linterna, era una sombra oscura. Los dedos se movían ágiles entre los papeles.

Pasaron los minutos, y con una ahogada exclamación de desaliento, el intruso se irguió de nuevo, saliendo. Se detuvo frente a otra puerta, sumido en tinieblas. Decidido, la empujó, milímetro a milímetro. Dentro oíase la respiración acompasada de un hombre.

Avanzó unos pasos, sacando de uno de los bolsillos una bolsa de cuero, en la que introdujo la mano, para extraer algo, con lo que oprimió la boca y la nariz del durmiente. Un penetrante olor a cloroformo invadió la alcoba.

Guardó las gasas en su bolsillo, para sacar una caja plateada conteniendo una jeringa de las usadas comúnmente en inyecciones. Echó hacia atrás el émbolo, metiendo la aguja, en una ampolla. La operación se realizaba sin otra luz que la de la linterna, puesta sobre la mesilla.

Cuando iba a pinchar en el brazo del individuo inconsciente, se iluminó la estancia, surgiendo en ella la esbelta figura de una mujer, en cuya mano derecha había un revólver. Tan inesperada fué la aparición, que el sujeto, con las manos ocupadas, se volvió sorprendido, exclamando:

—¡Oiga! —Luego, ya más dueño de sí mismo, bromeó—: Siempre me sorprendes, querida.

Ella le reconoció por tales palabras y, guardándose el arma en uno de los bolsillos de la bata de noche, habló, angustiada:

—¡Márchate, Richard te cogerán! ¿Qué es lo que pretendes?

—Enterarme de lo que me interesa averiguar. No es hora de explicaciones, Olga, sino de actuar. Le administré poco cloroformo, pues necesito ganar tiempo.

Clavó, decidido, la aguja en el antebrazo de Yegorov, aclarando:

—No es ningún veneno, sino «Penthonal», el llamado «suero de la verdad». Habremos de esperar veinte minutos a que surta efecto.

Moxinovna, en cuyo rostro se reflejaba el miedo que la poseía, dijo:

—Escucha, Richard. Hace unas horas he tenido una conversación con este hombre. Te odia.

En pocas palabras relató lo acontecido. Vance murmuró, sordamente:

—¡Miserable!

—No. Cree obrar en justicia. Sospecha no sé qué de ti, apostrofándote de cobarde en mi presencia. Me desperté hace una hora, sin lograr conciliar el sueño. Iba a la biblioteca, cuando reparé en que algo anormal sucedía. Cogí el revólver, que guardo a la cabecera de mi cama para mi propia defensa, y encendí la luz... Esto es todo. Vete. Si te descubren te fusilarán.

—Por ahora no hay peligro. Inmovilicé al centinela ¡Mira! El «Penthonal» empieza a hacer efecto.

Así era. Yegorov se revolvió en el lecho, para quedar después extrañamente inmóvil, rígido. Vance interrogó:

—¿Dónde guardas los informes que te envían desde América?

La respuesta no pudo escucharla, porque Olga, cogiéndole de un brazo, apremió:

—¡Huyamos ahora, Richard! Mañana nos separarán y no volveremos a encontrarnos jamás. Es nuestro momento. Nos estamos jugando la felicidad.

Tanta desesperación había en las palabras de la muchacha, que Vance replicó, desalentado, comprendiendo la verdad de lo que acababa de oír:

—No es posible. Primero he de cumplir con mi deber, por

encima de los humanos sentimientos. Después, si no me matan, pensaré en nosotros.

—¡Tampoco tú me quieres, Richard! ¡También me abandonas!

—No. El interés de mi patria está por encima del mío y del tuyo. Te prometo encontrarte donde te lleven. Ahora déjame. Los minutos son preciosos.

Formuló la misma pregunta de antes. Andrei se estremeció, sin responder. Y en tan crítico momento aporrearon violentamente la puerta de entrada.

Richard Vance se puso en pie, sacando una pistola.

—Vete a tu habitación, Olga, y simula estar dormida.

—Pero... —quiso oponerse la joven.

—Obedece. No podemos perder tiempo.

Tan enérgico era el tono del agente especial, que la mujer obedeció. Richard salió de la estancia, apagando la luz. Desde el pasillo vió cómo el fiel criado de Maxinovna se disponía a abrir y de un culatazo le derribó sin sentido. Dolíale pegar al viejo, pero era preciso, para salvarle la vida.

Franqueó de golpe la puerta. Un «chekista» entró con el arma empuñada y Vance, de un soberbio puñetazo, le derribó sin sentido.

Bajó unos tramos de escalera y pronto se detuvo. Varios hombres subían. Resultaba imposible hacerles frente. Sabiéndose acorralado, subió hasta el último piso. Alguien le vió desde abajo, mientras ascendía, y disparó contra él. El proyectil rompió el cristal de la claraboya. ¡Estaba acorralado!

Una puerta comenzó a abrirse y disparó, con el propósito de asustar al curioso. ¿Por dónde salir?

Miró a lo alto. ¡El tejado era el único camino! Rápido como el pensamiento, se puso en pie sobre la barandilla y, tomando impulso, saltó al vacío, intentando asirse a uno de los laterales de la cristalera. Si fallaba se estrellaría contra el suelo.

Sus dedos se engaritaron y a pulso alcanzó el tejado, en declive. Sus enemigos dispararon una mortífera ráfaga de plomo y las balas se perdieron en el vacío.

Richard, seguro de que, dentro de pocos minutos, la

N. K. V. D.,

mandaría acordonar la calle, saltó de una casa a otra, con evidente riesgo de estrellarse. Un callejón estrecho le indicó que de allí no

podía, pasar. Eran más de cuatro metros lo que le separaban.

De la cintura sacó una larga cuerda, terminada en un garfio, que nunca le abandonaba en sus aventuras. Frente a, él alzábase una chimenea.

A la cuarta tentativa, el gancho se afianzó en uno de los salientes, y Vance, convencido de que aquélla era su última aventura, se lanzó al espacio, ligeramente a la izquierda, para aminorar el choque contra la fachada, más aun así se golpeó fuerte en las rodillas, entre dos ventanas.

Animoso, ascendió al tejado. Varias balas se estrellaron a pocos milímetros de su cabeza.

Salvado el obstáculo, siguió corriendo, mientras que sus enemigos, ante la imposibilidad de atravesar el callejón de la misma manera que él lo hizo, retrocedían.

Richard comprendió que era preciso descender si deseaba salvarse, y ayudándose de la cuerda, llegó hasta los balcones de una de las viviendas, en un segundo piso. Se agarró al canalón, que crujió bajo su peso, y ayudándose de sus potentes músculos, deslizóse unos metros para saltar luego a una calle solitaria.

Corrió. Hasta él llegaban las voces de unos hombres.

Un coche pasaba a pocos metros y de un salto subió en él, amenazando al conductor con su pistola:

—¡A toda velocidad si no quieres morir!

El hombre, seguro de que el desconocido cumpliría su amenaza, pisó a fondo el acelerador. Vance penetró en el interior, y durante cerca de treinta minutos, el taxista sintió en su espalda el cañón de la pistola. Frenó ligeramente en la esquina que forman las calles Gruzinskaya y Alejandro Nevk, y cuando tomó por Liesraya, se atrevió a mirar por vez primera hacia atrás, encontrando el interior del vehículo vacío. No deseando complicaciones, apretó más el acelerador, perdiéndose en los solitarios bulevares...

Richard Vance, recobrando su antiguo aspecto envejecido, llegó al Arco de Triunfo, junto a la estación Tverskay-Zastava y desde allí se dirigió al parque Petrovski, a través del gran paseo de Peterburgskoe Chaussee, en uno de cuyos hoteles penetró, pues la verja hallábase abierta. Un hombre salió a su encuentro.

—¿Éxito?

—No, Black. Fracaso. Nunca me he visto tan cerca de la muerte

como esta noche.

Pasaron a una habitación lujosamente amueblada, en la cual Richard hizo una referencia minuciosa de lo acontecido, omitiendo la presencia de Olga Maxinovna.

Los dos hombres fumaron en silencio. Black dijo:

—Cámbiate de ropa. He de hablar contigo. Se han recibido importantes noticias de Washington.

—Bien. Dame primero el botiquín. Tengo las rodillas destrozadas.

—Yo te curaré.

Embadurnó de alcohol las magulladuras de Richard, el cual se puso un pijama, de seda. Después, encendiendo otro cigarrillo. Vance inquirió:

—Y ahora, habla. Me interesa saber qué piensa Hoover de nuestro trabajo.

—Son sólo órdenes. Tienes que trasladarte inmediatamente a las grandes fábricas de productos químicos de los montes Pai-Koí.

. Allí están los informes de las armas secretas, robados de América, en su mayoría sobre gases. Al parecer, próximas a la bahía de Kara, hay fábricas desconocidas para todo el mundo, principalmente de submarinos de bolsillo, transportables por buques nodrizas y movidos por energía atómica. El Círculo Polar y el Océano Glacial Ártico son los mejores centinelas. En aquellos macizos rocosos e inhospitalarios, donde comienzan los montes Urales, existen, según el informe que luego te mostraré, verdaderas maravillas técnicas, ciudades ignoradas. Al norte de la isla Vaigatch tendrás dispuesto un buque de carga para huir en el momento oportuno. Se llama...

Black siguió dándole instrucciones, que Richard Vance retenía en la memoria. Resultaba muy peligroso llevar encima papeles comprometedores. A veces, el agente especial hacía repetir algo a Black. Era que, durante unos segundos, su imaginación estaba junto a Olga. La joven, que, quizá, pagara por él su nocturna excursión en la casa de Andrei Yegorov...

NIÑO:

¿SABES QUIEN ES **BILL BOY**?

BILL BOY es hijo de un «gangster» protegido de un valeroso Agente Especial del **F. B. I.**

BILL BOY es un muchacho valiente, ejemplo de la juventud.

Conócelo en

AVENTURAS DEL F. B. I.

VII



MIENTRAS el tren corría en dirección a Vologda, Maxinovna, sola en su departamento de primera clase, rememoraba los últimos sucesos acaecidos en su vida, horrorizándose.

El mutismo absoluto de Yegorov al despertarse del letargo, teniendo a su lado dos agentes de

N. K. V. D.,

la cólera que le invadió; su decisión de enviarla junto con su hermano a Kabarovo, y, por última, la separación absoluta del hombre que amaba, eran acontecimientos que la habían sumido en una especie de indiferencia, muy pareada a la insensibilidad. Luego, por si fuese poco, Alexi apenas si cruzaba palabra con ella, permaneciendo casi todo el tiempo ausente de su lado, en unión de Andrei, que viajaba en el vagón inmediato.

Sintió un deseo infinito de llorar. ¡Si Richard estuviera junto a ella!

Queriendo hacerse fuerte, se asomó a la ventanilla, contemplando el paisaje desierto, comprendido entre los ríos Kostroma y Sujona, y, esparcidas por el campo, minúsculas aldeas, donde la vida proseguía, con placeres y penas, su camino implacable.

Era el fin. Yegorov desconfiaba de ella. Pronto acabaría por odiarla. Además, en el funcionario del Sovnarkom predominaba el amor a la patria sobre el amor a sus sentimientos. De confirmarse su traición la esperaban los trabajos forzados en la Siberia. Y su hermano, transformada su personalidad, no movería un dedo por salvarla.

¡Sola! La palabra la martilleaba en el cerebro impidiéndola descansar. Volvió los ojos a la puerta, que acababa de abrirse. Era Alexi. Se sentó, sin dirigir una mirada a Olga, abismándose en el estudio de un libro científico. Ella, dolida, sin poder reprimirse, rompió a llorar, con sollozos nerviosos. El hombre se levantó, saliendo, malhumorado. En el pasillo se encontró con Yegorov. Dijo:

—Permíteme que te acompañe. No soy capaz de resistir su presencia. Ahora no cesa de hacerme escenas.

El comisario sintió que la compasión desbordaba en su alma ante el dolor de la muchacha, y por un segundo miró con desprecio al que le hablaba. No. Alexi no era culpable. Fueron ellos los que transformaron su cerebro, privándole de afectos y de recuerdos. Respondió:

—Me dirigía a echar un vistazo al tren. Se aprenden muchas cosas. Puedes acompañarme.

Atravesaron varios vagones, llegando a los departamentos de tercera; en los que la muchedumbre se agolpaba, inundando los pasillos, llenos de bultos y de cestas.

—Paso... ¡Paso! —pidió Andrei.

Todos se apartaron con respeto. De pronto, Yegorov tropezó con una muleta, cayendo de bruces. Levantóse airado y, dejándose llevar por el impulso, abofeteó a un hombre, que, medio encogido en el asiento, gimió, hurtando el cuerpo al castigo:

—Perdón... No lo hice a intento. Me soldaron mal un hueso y he de ayudarme con bastones.

Andrei se arrepintió tarde. ¡Tenía los nervios deshechos! Sin embargo, orgulloso de su poder, recordando lo que le enseñaron en las distintas academias militares sobre el principio de autoridad, no se disculpó, prosiguiendo su camino. Aquel suceso no tenía importancia, comparado con la envergadura de la misión que le fué encomendada.

Siguieron hacia adelante. Una mujer amamantaba un niño, sentada en el suelo, recostando la espalda en un montón de fardos. Varios hombres, en los asientos, fumaban indiferentes a todo lo que no fueran sus propias ideas. Descompuesto, Andrei gritó:

—¡Cedan un sitio a esta madre, al menos mientras de de comer a su hijo!

La imperiosa orden fué obedecida sin rechistar. La mujer, con gratitud, murmuró:

—¡Que Dios se lo pague, camarada!

¡Dios!... ¿Por qué esa fe tan gigantesca en las clases humildes? También sus padres eran así, y, medio a escondidas, de niño, le enseñaban a rezar ante una, estampa cubierta de mugre por el tiempo.

Yegorov, siempre seguido de Alexi, que no pronunciaba ni una sola palabra, salió a la plataforma, insensible al viento fresco del atardecer. Pensaba con angustia.

¡Creer en algo! En aquella gente sin moral, sucia, capaz de venderse por unos rublos, embrutecida, no se podía tener fe; ni tampoco en sus camaradas de partido, ambiciosos, pensando demasiado en ellos mismos; ni en Olga Maxinovna... En nada de la Tierra. El mundo estaba poblado de traidores... Los hambrientos, los perseguidos, los miserables, los enfermos, esperaban en Dios. Le sorprendió la voz de Alexi, carente de modulaciones. Por un momento se creyó cara al infinito:

—Pronto llegaremos a, Vologda. Se me está haciendo largo el camino. Ansio llegar a Arcángel. Odio el molesto traqueteo del ferrocarril. Además, me urge trabajar. Las fórmulas se agolpan en mi cabeza, impidiéndome conciliar el sueño.

—Tiempo tendrás de cansarte, camarada. La tarea que nos ha correspondido es dura.

Encendieron un cigarrillo. Anochecía. En una curva, el tren se ofrecía a sus ojos como una gigantesca serpiente.

—Vayamos dentro. Hace frío —dijo Andrei.

Pero el frío mayor del hombre era, en el corazón.

Cruzaron de nuevo ante el cojo que provocó la cólera del comisario Yegorov le tiró un paquete de cigarrillos al pasar, sin dignarse mirarle siquiera. De haberlo hecho, Hubiese visto en su rostro, surcado de arrugas, un gesto de amenaza y cómo sus manos estrujaban los pitillos, deshaciéndolos. Reparando en que sus compañeros de departamento le miraban, habló con la voz ronca:

—Me partí esta pierna luchando contra los enemigos de la revolución.

—Eso no importa, camarada. Lo esencial ahora es que no se estropee el tabaco —replicó un individuo de innoble aspecto.

Y sus manos, ávidas, recogieron lo que en el suelo estaba.

—Alexi, antes de que embarquemos necesito tener una explicación contigo. Sé lo que te han hecho y no te culpo, más soy tu hermana, y tienes la obligación de protegerme.

—Ya lo hago. De no ser por eso, no hubiera accedido a que vinieses conmigo. Eres un peligro para mí y para la nación.

Las palabras brutales, egoístas, del hombre sonaron como martillazos en los oídos de Olga, que escondió la cabeza entre las manos. Oyó un movimiento de impaciencia y se levantó, firme y acusadora:

—No voy a llorar. Soy más fuerte de lo que te imaginas. Mereces mi desprecio y voy a decirte algo que no sabes: eres un autómatas del bolchevismo. Te han hecho así mediante la leucotomía, una operación en el cerebro. Tienes las cicatrices que lo demuestran. Sólo pretendo salvarte de ti mismo y salvarme yo también. Estás defendiendo a los asesinos de tus padres y de tu hermana Tania. Eres un cobarde...

El insultado se estremeció, llevándose las manos a la cabeza, con el rostro desencajado. Luego, cogiendo a Maxinovna por las muñecas, rugió:

—¡Calla! ¡No vuelvas a decirme eso o te mato!

Se dejó caer de nuevo en el asiento, jadeando, como si le faltase la respiración. Miró a su hermana con los ojos humedecidos en llanto, encogiendo el cuerpo como una ñera acorralada, clavándose las uñas en los brazos. Parecía un poseso. Olga le contemplaba, espantada del efecto de sus palabras. Sintió lástima. Él no era

culpable. Alexi, mientras tanto, repetía:

—Cobarde..., cobarde...

Se levantó y, con la mirada perdida a lo lejos, salió al pasillo. Asomó la cabeza a una de las ventanillas, buscando la caricia del aire. Luego, más tranquilo, encendió un cigarro, pasando a la plataforma, recubierta de cristales en las clases preferentes. A través de ellos vió las luces de una ciudad: Arcángel. Dentro de una hora habrían llegado a la primera etapa.

Se hundió en sus meditaciones, volviéndose al sentir que la puerta se abría. Vió al mutilado que abofeteó Yegorov.

—Perdone, camarada. Me ahogaba en aquellos departamentos. Por otra parte, jamás había pisado un vagón de lujo. Supuse no encontrar a nadie.

Renqueando con el miembro herido, fué a volverse, pero Alexi, tendiéndole un pitillo, habló:

—No se preocupe. ¿Va usted muy lejos?

—A la isla Vaigatch, a reunirme con un hermano, que tiene un almacén de pieles. Tomaré un barco en el golfo de Arcángel. Espero que los hielos me respeten hasta llegar a mi destino. El frío me molesta demasiado.

—Llevamos el mismo camino. Voy a Kabarovo.

—¡Quién tuviera su juventud y su energía! Usted luchará cara a la vida, yo vegetaré hasta que la muerte me llame a su seno. No le molesto más. Disculpe la audacia de un viejo.

Y con su paso torpe salió de la plataforma. Alexi se encogió de hombros con indiferencia y luego cruzó al otro vagón, para pedir a Yegorov un trago de «vodka».

Departiendo animadamente con el comisario de problemas técnicos, que Andrei conocía por su calidad de ingeniero, les sorprendió el silbido de la máquina al entrar en agujas.

—Hemos llegado —dijo Yegorov. Después, consultando su reloj de pulsera, añadió—: Sólo una hora de retraso. Podremos zarpar al amanecer. Conviene que te instales en el barco. Yo me ocuparé de Olga.

Andrei salió con tales palabras, penetrando, por vez primera desde su salida de Moscú, en el reservado que ocupaba Maxinovna. Desde la puerta anunció:

—Sígueme. No te preocupes del equipaje. Lo trasladarán pronto.

La joven obedeció sin replicar, bajando al andén, donde reinaba, una confusión extraordinaria. Las familias se buscaban entre sí a grandes gritos y los fardos de correspondencia y equipajes eran transportados en vehículos mecánicos.

Olga, para no perderse, se cogió del brazo de su acompañante, que aparentó no reparar en ello, aunque su cuerpo se estremeció al contacto. Comentó en voz alta:

—Hace frío. ¡Qué gran diferencia con el clima de Moscú!

Hablaba cortésmente. Un coche les esperaba a la puerta de la estación, y sin que Andrei diera ninguna orden, se puso en marcha.

Maxinovna observó a su acompañante, admirando los rasgos acusados y enérgicos de sus facciones. Musitó:

—Por nada juraría en falso, Andrei, y te juro que no tuve nada que ver con lo de aquella noche. Mi delito es haber amado a Richard. Por lo demás, te admiro y te guardo gratitud. Sé que te he hecho daño, cegada por el rencor, pero no quiero tu odio.

Él volvió la cabeza. El tono de la muchacha parecía sincero. Replicó:

—No tienes que disculparte. Una vez jugué a ser un hombre como los demás, amando y celando a la mujer querida, y fracasé. Mi destino es ser un engranaje más de la rueda gigantesca que mueve a Rusia. Cuando los años me desgasten, si no he muerto, recordaré amargamente el fracaso de la juventud. Ya sé que el amor no se roba ni se exige. Se da y se toma voluntariamente, con gozo. Nunca me ocupé de otra cosa que de ser útil a la colectividad en que vivo. Veo que hace falta más para ganar el ajeno corazón...

Las frases de Yegorov respiraban melancolía. Ella no se atrevió a responder. Andrei no era hombre capaz de soportar la caridad.

Contempló la ciudad a través de los cristales. A pesar de lo avanzado de la hora y del riguroso clima veíanse algunos transeúntes y las luces de los cafés.

—¿Te apetecería tomar una taza de «samovar»?

—Sí —repuso la joven—. Me llaman la atención esos locales, en los que no he entrado nunca.

Yegorov mandó detener el vehículo, penetrando en un establecimiento rebosante de público. Un camarero les llevó hasta una mesa, junto a la pista de baile. Al fondo, una orquestina interpretaba música moderna. Terminó la pieza, y comenzó a oírse

una triste canción ucraniana, que a veces tenía el ritmo fié una danza.

Lentamente, la melodía fué imponiéndose a las conversaciones, y al fin, reinó el silencio. En la mesa próxima a la que ocupaban Andrei Yegorov y Olga Maxinovna, una muchacha dijo a su acompañante:

—Voy a bailarlo, Butenko.

Y saltó a la pista, imprimiendo a su cuerpo unos movimientos suaves, mientras, con manos nerviosas, se iba desprendiendo de la ropa, quedando, al fin, medio desnuda. Y entonces, la composición ucraniana cobró una vida nueva, alegrando los ámbitos del local. La mujer se retorció violentamente, echando el cuerpo hacia adelante, con singular lascivia.

—Vámonos —suplicó, asqueada, Olga.

Dejaron unos rublos sobre la mesa, abandonando el bar. Yegorov dijo:

—He ahí en lo que están convirtiendo nuestras más puras canciones regionales.

—Repugnaba el espectáculo. ¿Es que no viven más que para la carne y la sangre?

—Tal vez.

El automóvil rodaba por las calles de Arcángel, la importante capital de la provincia del Norte que lleva su mismo nombre. Al fin se detuvo en el muelle.

Anduvieron unos metros, hasta alcanzar una pasarela de madera que comunicaba con un buque mercante, en cuyo puente paseaba el capitán.

—Temí por un momento que no viniesen.

—El tren ha llegado con retraso y luego nos hemos entretenido en un...

Viendo cómo Yegorov vacilaba, el marino se apresuró a decir:

—No se esfuerce. En las inmediaciones de los muelles no hay más que sitios semejantes. Si seguimos así, pronto degeneraremos.

A la luz de un farol que llevaba un hombre que les precedía, Olga fué estudiando las facciones enérgicas del capitán.

Descendieron al interior del buque.

—Siento que los camarotes no reúnan las condiciones apetecibles —se disculpó—. No obstante, lo hemos arreglado

bastante.

En efecto. Cortinas, alfombras y una cómoda butaquita eran las innovaciones. Pegado a la pared de tablas, un lecho, con la ropa inmaculadamente blanca. A la izquierda, un pequeño tocador, con ancho espejo. Agradeció:

—Ha sido muy amable, capitán. Le aseguro que lo encuentro confortable.

—Lo celebro. Me llamo Vanya Grachev, para servirle.

—Yo, Olga Maxinovna —replicó, extendiéndole la mano con una sonrisa encantadora.

—¿Llegaron los demás viajeros? —inquirió Yegorov.

—No todos. Zarparemos al amanecer.

Dejaron a la muchacha, para que descansase, y los dos hombres ascendieron a cubierta. Allí vio cómo un oficial examinaba, los documentos del inválido, al que golpeó en la mejilla. Cuando éste hubo desaparecido se dirigió al hombre, preguntándole:

—¿Quién es? Vino con nosotros en el ferrocarril.

—Un mutilado de la revolución del diecisiete. Va a Vaigatch a acogerse a la caridad de su hermano.

Charlaron unos minutos sobre el no muy apacible estado del mar y luego Andrei se retiró a su camarote...

En las dos semanas que llevaban de navegación, Olga Maxinovna había establecido amistad con algunos de los pasajeros, motivo por el cual la vida se le hizo menos monótona. Además, ante sus ojos, admirados, fueron desfilando lugares, pasado el Círculo Polar Ártico, de los que oyó hablar en tono de leyenda: el golfo de Mezen, en el mar Blanco; el cabo Kanin, en el de Barente, y ahora se aproximaban a la isla Bugrino, donde embarcarían algunos fardos.

Alexi, después de la violenta escena del ferrocarril, mostrábase más comunicativo. Yegorov, por el contrario, sombrío y receloso. El mar estaba ligeramente picado, y a veces, vieron a lo lejos moles de hielo a la deriva, que el barco evitaba.

Tripulantes y viajeros iban abrigados con ropas de pieles, y aun así, a veces, habían de recluirse en el interior, en el pequeño e improvisado comedor, donde se charlaba de todo menos de política.

Maxinovna, acodaba en la borda, miraba atentamente al cielo color pardusco. Alguien se acercó a su espalda, situándose junto a

ella.

—Pronto tendremos temporal. El capitán se interna mar adentro, para alejarse de los escollos de la costa.

La joven se volvió, sonriendo al que la hablaba. Era el viejo inválido, al que había tomado extraordinario afecto.

—Parece muy entendido en navegación —repuso.

—No lo crea. Nací en Berdyansk, en el golfo de Taganrog, en el mar de Azof, y allí, de tanto oír a los marineros, acabé por familiarizarme con estas cosas. Resulta tranquila la travesía, ¿verdad? Hay un único hombre que no me gusta.

—¿Yegorov? Veo que no puede usted olvidar la agresión de que fue víctima en el tren. Sin embargo, le aseguro que es buena persona. Resulta inconcebible que no supiera dominar sus nervios.

Hubo una gran pausa. La proa del buque rompía el mar gallardamente. El hombre encendió un cigarrillo, comentando:

—En otro tiempo le hubiese matado. Hoy..., sólo me interesa morir en paz. Es largo el camino de la vida, porque son grandes las desilusiones... En fin, no quiero entristecerla. La propongo que bajemos al comedor. Siento frío.

—No. Aún deseo quedarme un buen rato. Luego me reuniré con usted.

El inválido se alejó lentamente, sin saludar a Andrei, que se acercaba. Éste dijo a Olga:

—Gracias por tu defensa de antes.

—¿Oíste? —inquirió la joven, con sorpresa.

—Sí. Venía a saludarte cuando me llamaron la atención tus palabras. Tienes de mi mejor concepto del que me merezco.

—No lo creo.

—Sí. En mi late, muchas veces, la fiera; bastantes más de las que puedes suponerte. Y, en ocasiones, no sé vencerla.

El cielo se ennegrecía por momentos y el aire soplaba con fuerza, de tempestad.

—El mérito en la vida estriba en contener el instinto, no haciendo lo que repugne a nuestra moral.

—Palabra vacía la de moral, Olga; sin otro valor que el de las costumbres. La moralidad mahometana se cifra en obedecer fielmente el Korán, siendo aceptada la poligamia; en la India queman los cadáveres, esparciendo sus cenizas en el viento; en

algunas tribus africanas se rinde culto a falsos ídolos, practicándose la antropofagia... Todos, con su moralidad, distinta. Reúnelos y observarás el choque brutal de los distintos ambientes.

—¡Andrei! —reprochó ella.

—No, no pretendo convencerte, Olga; sólo que sepas que, desde que te he conocido, siento en mi alma que mi moralidad, la que me han enseñado, no basta para contener mis ansias de hacerte mía, de beber la vida en tu boca, de abrasarme con tu aliento...

Los ojos de Yegorov brillaban extrañamente. La joven se echó a un lado con terror, murmurando:

—¡Cálmate, Andrei!

—No temas. Junto a ti me siento mejor, menos impuro. Pero quería que supieses la intensidad de mi desgracia, la fuerza del cariño que te profeso. Te amo tanto... que te respeto. ¡No puedes apreciar la magnitud de mi sacrificio!

Una ola, cogiendo de través al barco, le zarandeó, salpicando de agua salobre a Olga y haciéndola perder el equilibrio. Yegorov la asió por la cintura, y en un segundo tuvo el cuerpo de Maxinovna pegado al suyo. Le temblaban las manos al separarla, y sin una sola palabra, marchó a su camarote. La muchacha, estremeciéndose, se retiró al interior del buque, oyendo al pasar por un pasillo cómo el capitán decía a Andrei:

—Es una pequeña borrasca. No hemos de preocuparnos con exceso.

En el interior de su cuarto, mientras esperaba la hora de cenar, Maxinovna sintió un escalofrío pensando en Yegorov. ¡Aquel hombre! Por un momento temió estar enamorada de él, mas el pensamiento de Richard Vance se impuso. ¿Dónde se hallaría el periodista?

El barco se balanceaba, cada vez más agitado por las olas, deseando compañía que la alejara de sus tristes pensamientos, cruzó al camarote de su hermano, no hallándole. Sobre una, mesa vió un libro inglés, el «Organie Synthesis», obra de estudio y consulta en las nuevas técnicas de laboratorio.

Salió al comedor, donde estaban todos reunidos, incluso el comisario. La esposa de un comerciante que iba a, Pustosevsk, en la tundra, a realizar un comercio de pieles, se había mareado.

Fuera, las olas adquirían grandes proporciones, inundando el

puente del buque, que sorteaba el temporal...

PADRE:

No consentas que tu hijo vea cuadernos propios para chicas.

COMPRALE

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡Cuaderno infantil de dibujos,
ejemplo del valor y de la hombría!

VIII



RA anochecido cuando Andrei y Alexi se apeaban del trineo ante una barrera de hierro donde montaban guardia dos centinelas, protegidos de la frígida temperatura por unas casamatas provistas de estufas de petróleo, Yegorov dijo, exhibiendo un papel:

—«Propusk» [10].

Mas hasta que no fué examinado el documento con la máxima atención no les dejaron continuar. Aún fueron detenidos por tres veces hasta que al fin alcanzaron la entrada de un gran edificio. Anochecía.

Penetraron, siendo recibidos por varios hombres que les dispensaron una cordial acogida. Andrei presentó a Alexi a sus colaboradores en unas breves palabras, como el nuevo director, y

juntos pasaron a cenar. Después revisaron los diferentes servicios, deteniéndose, especialmente, examinando una máquina fotográfica que puede registrar, mediante un prisma giratorio, el paso de los proyectiles, obteniendo miles de fotografías en un solo segundo.

En la cámara de control y en las especiales para la transformación de la radioactividad, los ingenieros y químicos enzarzaronse en una discusión técnica interminable.

Y mientras tanto, un hombre se arrastraba en plena noche a pocos metros de los centinelas. A unos pasos de la doble alambrada se detuvo guiado por el instinto. Sin duda por ellas circularía corriente de alta tensión. Y eliminar a los centinelas era tanto como denunciarse en el interior de la fábrica.

De bruces en la nieve meditó, sintiendo que el frío le penetraba hasta los huesos. Convencido de que no lograría burlar a los vigilantes retrocedió unos quinientos metros, montando en un «tachanka» que dejó abandonado.

Haciendo restallar el látigo llegó junto a los soldados, apeándose. Vestía un uniforme semejante al de Yegorov, y, como el comisario, mostró un pase, mediante el cual le fué dado llegar al edificio. ¡Aún quedaba la parte más delicada!

El hombre examinó detenidamente su ropa pasando frente a un centinela que le saludó con respeto.

Ya en el interior de la fábrica, ordenó a un individuo que dormitaba en un rincón:

—Llévame a ver al camarada director.

Pocos minutos después estaba en un despacho rodeado de cristales y a través de ellos pudo ver la amplia sala de un laboratorio, donde varios hombres trabajaban entre alambiques y retortas. Dirigió una mirada en torno suyo. La habitación era sencilla, teniendo en un rincón un pequeño estante con tubos de ensayo. Se acercó a examinarlos, pero Alexi, que entraba, le hizo desistir de su propósito:

—¿Me llamabas? Sólo puedo concederte unos minutos. Estamos pendientes de una fórmula importantísima.

El hermano de Olga Maxinovna, a las pocas horas de su llegada a PaiKoi, sin descansar siquiera, habíase puesto al frente del equipo nocturno, activando la preparación de un gas que paralizaría a hombres y máquinas.

—Vengo de Leningrado, donde soy el jefe local de
N. K. V. D.

Se me ha ordenado me ponga a las órdenes del camarada Yegorov para la protección de la fábrica y la realización de unos experimentos. Toma mis documentos para que los examines.

Alexi los recogió de sobre la mesa. Después habló:

—Bien camarada. Puedes descansar si lo deseas. Mañana conversaremos más despacio.

—Te lo agradezco. Estoy rendido del largo viaje.

El director oprimió un timbre y entró un hombre:

—Conduce al camarada a la habitación número doce.

Ya dentro del cuarto que le había sido asignado, el que se dijo miembro de la
N. K. V. D.,

de Leningrado sentóse en un cómodo butacón obsesionado por una idea. ¡Era preciso actuar aquella misma noche, antes de que fuese descubierto el engaño! Sonrió satisfecho.

Después de comprobar que la puerta se hallaba cerrada, comprobó el perfecto funcionamiento de la pistola, así como un largo puñal de afilada hoja. En ese momento llamaron y un soldado le entregó el pequeño maletín que llevaba en el «tachanka» que abrió con una pequeña llave, extrayendo de él una «Germann Luger» con silenciador, que introdujo en su pecho entre la camisa y la carne, debajo del chaquetón de cuero, acolchado en el interior. A nadie podía extrañarle que un alto miembro del Comisariado de Asuntos Interiores fuese bien armado.

No quiso quitarse la ropa de abrigo por si tenía que huir entre la nieve, aunque lo más probable era que se quedase para siempre entre aquellas paredes donde se trabajaba con tan extraordinaria intensidad, que habíanse establecido turnos de noche. Con eso no contó y dificultaba más la situación.

Estaba cierto que en la primera entrevista con Yegorov éste descubriría el engaño y quién sabe si su identidad. El comisario era un hombre inteligente, con gran práctica en el contraespionaje. Sus papeles sólo eran capaces de engañar a un inexperto en documentos oficiales como era Alexi.

Respiró profundo. Aún estaría una hora descansando, posiblemente la última de su vida.

Al fin, después de fumar un cigarrillo, se incorporó. Procuraría no ser visto, aunque la situación especial de los dormitorios, le obligaban a recorrer numerosos pasillos antes de llegar al departamento señalado con una «X» en el plano que llevaba grabado en el cerebro.

Ascendió al piso primero a través de un largo corredor iluminado, como toda la fábrica, por potentes focos. Recorrió un dédalo, de pasillos, y sin ningún tropiezo alcanzó un pequeño «*hall*» dirigiéndose hacia una puerta. En la dorada cerradura introdujo varias ganzúas, respirando al ver abrirse la pesada hoja de madera. Ya dentro, cerró a sus espaldas dando la luz. ¡Sus informadores no le engañaron! Estaba en un laboratorio y en el fondo alzábase una pequeña caja de caudales. ¿Quién iba a sospechar que en aquel rincón de Rusia, en un gabinete de trabajo de humilde apariencia, se preparaban las fórmulas sobre gases, bacteriología y energía atómica que, tras de múltiples, comprobaciones, serían desarrolladas en gran escala en las grandes fábricas del otro lado de los Urales, en Sverdlovsk, Cheliabinsk y Magnitogorsk? Casi todos los avances científicos en los que se laboraba en los Montes de Pai-Koí

eran de procedencia americana, robados por un grupo, de espías a sueldo, de imposible localización. ¡Los informes! Era lo que necesitaba.



Buscó, ansioso, la combinación de la caja.

Perdió la sensación de peligro, absorto por el ímprobo trabajo de conseguir la clave de la minúscula pero moderna arca. Una vez obtenido esto, varias grandes ganzúas especiales forzarían la cerradura.

Se quitó los guantes frotando los dedos en el pantalón hasta

sentir una sensación de quemadura. Luego aguardó unos segundos y con la sensibilidad excitada, comenzó a mover los dos discos, escuchando el leve crujido de los minúsculos engranajes interiores. Pasaron los minutos.

Tan absorto se hallaba en su trabajo que no oyó cómo la puerta se abrió lentamente a sus espaldas, apareciendo en ella Andrei Yegorov, que, silenciosamente, se aproximó al intruso, pero éste presintió el peligro y volvió la cabeza lanzando una exclamación de asombro. Un segundo después se arrojaba en tromba contra el comisario, que, no esperando tan brusca reacción, se vió lanzado hacia atrás por dos fuertes puñetazos. Se tiró al suelo ocultándose detrás de uno de los mostradores. Lo hizo a tiempo, pues la hoja de un puñal chocó violentamente contra la pared.

Yegorov, sin armas, convencido de que la lucha era a muerte, inclinado, rodeó el baluarte que le defendía e incorporándose de pronto, sorprendió al individuo, que no esperaba tan audaz y rápida maniobra.

Los dos hombres rodaron por el suelo, confundiéndose en un abrazo, golpeándose, mordiéndose, buscando la aniquilación de su contrario.

La mano de Andrei, al posarse sobre el rostro del sorprendido sujeto arrastró tras de sí una mascarilla de goma. Absorto, se incorporó y con los ojos enrojecidos por la ira contempló a su enemigo, a Richard Vance, el corresponsal de confianza del Gobierno soviético:

—¡Ah, traidor! No saldrás vivo de aquí.

El periodista, esquivando la acometida feroz del comisario, replicó esgrimiendo una pistola:

—Sí, soy yo, el mismo también a quien abofeteaste en el tren. Quiero devolverte esa caricia. Si no eres un cobarde lucha sin pedir ayuda a tus compañeros.

Y enfundó el arma, en un magnífico alarde de desprecio a la vida.

El combate se reanudó con la máxima ferocidad. Los dos eran hombres que conocían la técnica del boxeo y sus golpes chocaban muchas veces con la cerrada guardia del adversario.

Richard golpeó fuertemente a Andrei en los riñones y éste bajó un poco la guardia, momento que aprovechó Vance para propinar al

comisario una feroz bofetada con la mano abierta mientras decía:

—Te la devuelvo. Yo soy un buen pagador.

Cambiaron varios puñetazos. Los rostros de los hombres sangraban llenos de círculos rojizos. Yegorov se defendía como un león y Richard, más ágil, le acometía por todos los lados, sonriendo deportivamente, seguro de su triunfo. Andrei, debido al exceso de trabajo burocrático estaba más grueso, menos acostumbrado al peligro. El agente del

F. B. I.,

por el contrario, poseía unos músculos de acero, templados en la Academia de Quántico, donde le enseñaban los más difíciles trucos, manteniéndose, en constante forma física.

Richard, deseando terminar cuanto antes, y venciendo sus deseos de ir machacando lentamente el rostro a su enemigo, propinó un fuerte derechazo en el mentón de Yegorov, que, evidentemente cansado, retrocedió unos pasos, más aún allí le siguieron implacables los puños de Vance, derribándole.

Andrei se levantó de nuevo, merced a un supremo esfuerzo de voluntad, y en tan crítico instante, cuando iba a ser puesto fuera de combate, una voz desde la puerta, dijo:

—Levanta las, manos.

Tres hombres con el uniforme de

N. K. V. D.,

estaban frente a Richard, que obedeció. ¡Había perdido estúpidamente la partida! Se consoló al oír las palabras de Yegorov:

—En Leningrado desde hace un mes no existe jefatura local del Comisariado de Asuntos Interiores, sino regional. Alexi fué a despertarme para comunicarme tu llegada y lo comprendí todo. Di órdenes telefónicas de que dejasen libre los pasillos y me dispuse a capturarte. Sabía que el intruso buscaba los documentos de esa caja. Por primera vez has sido torpe, Richard: aunque confieso que me has desorientado muchas veces, desvirtuando mis primitivas sospechas. Tus coartadas eran perfectas.

Mientras Yegorov hablaba le habían esposado, quitándole el revólver de reglamento, pero sin hallar la «Germán Luger» escondida entre su cuerpo y la camisa. Vance, con una serenidad admirable, comentó:

—A todos nos tiene que llegar nuestra hora. Son... gajes del

oficio.

—Peligrosa profesión, bastante más que la de periodista —se burló Andrei—. Ahora lo interesante será que nos hagas una relación completa de los hombres que te ayudan. Así limpiaremos Rusia de traidores.

Viendo que Richard callaba, mirándole con desprecio, amenazó:

—Tienes una hora para reflexionar. Si no te muestras complaciente ordenaré a los muchachos que te «presionen». Es fundamental tu declaración. Podéis llevárosle.

Empujándole rudamente le hicieron descender a un sótano, en una de cuyas habitaciones, preparadas ya para cárcel, le encerraron violentamente.

El bravo agente del

F. B. I.,

al quedarse solo, observó el lugar donde se encontraba, comprendiendo que la huida, por el momento, era inútil. Una estancia cuadrangular, con paredes y techos de cemento y sin ventana alguna. El aire penetrábale a través del enrejado de la puerta desde donde podían vigilar sus movimientos. Por fortuna, la celda recibía la luz de una alta bombilla.

Al pensar en su situación y en lo que le aguardaba no pudo menos que sonreír con irónica tristeza. Ahora pondrían a prueba su carácter de hombre de hierro. De Andrei era necio esperar clemencia. A más de los políticos, le sobraban para odiarle motivos particulares. En cuanto a los agentes de la

N. K. V. D...

Richard había oído hablar de los procedimientos crudelísimos, superiores al famoso «tercer grado» que se empleaban en los Departamentos Especiales o Políticos para desatar la lengua de los que intentaban evadirse a un interrogatorio.

Pasaron los minutos y pensó en Olga. ¡Pobre muchacha! Sería triturada por el gigantesco engranaje de la

U. R. S. S.

Sintió calor con su gran pelliza puesta encima de la ropa de abrigo, pero se alegró de que no se la hubiesen quitado, pues de este modo podía seguir ocultando su pistola. ¡Para lo que le iba a servir! Se sublevó contra las ideas pesimistas. Era lógico que alguna vez fracasasen sus planes. Además, estaba convencido de que no

saldría con vida de Kabarovo a no ser por un milagro de la Divina Providencia.

¡Si pudiese fumar! Transcurrió el tiempo y a poco oyó pasos que se aproximaban. La celda se abrió penetrando en ella Yegorov, Alexi y dos hombres más de aspecto brutal.

Con las manos atadas a la espalda les miró sin pestañear. Dijo burlonamente:

—Si no es un delito de alta traición, ponedme un cigarrillo en la boca.

Andrei, sin comentarios, así lo hizo, y Richard aspiró el humo voluptuoso. El comisario comenzó a hablar muy despacio, deseando ser bien comprendido:

—Escúchame bien. No pretendo asustarte. Voy a decirte las cosas como son, a darte un consejo. En lo que te suceda en el futuro no mediará otra cosa que el interés oficial. Ten la certeza de que más tarde o más temprano declararás lo que sepas. Hay procedimientos para ello. Sin embargo, no queremos torturarte, sino que firmes un pliego de cargos declarándote miembro de la Policía Federal norteamericana en servicio de espionaje en Moscú, insertando a continuación los nombres de tus cómplices. ¡Será un proceso sensacional!

Richard, con el cigarro en la boca escuchaba sin pestañear.

—Nadie te molestará, y disfrutarás en la prisión de todo género de comodidades. ¿Quiénes son tus cómplices?

Richard había terminado el cigarrillo. Respondió:

—Es un buen programa, más os habéis olvidado de una cosa: la leucotomía. Es imperdonable la omisión, camarada Yegorov, hombre recto, verdadero puritano de la idea redentora de los pueblos —en su voz vibraba la más feroz ironía—. No te supuse un profesional de la barbarie. Creí que tus funciones eran superiores.

—Te equivocaste.

—Sí; pero merece la pena morir por salvar la existencia de otros hombres. Es un sacrificio necesario. No ignoraba que alguna vez tendría que caer en vuestras manos.

—¿Te niegas? —inquirió secamente Andrei.

—No. Es que no sé nada.

Alexi intervino:

—Sé la amistad que te une con Olga y me desagrada todo esto.

Lo que se pretendo no es otra cosa que una labor policial, de seguridad del país. Tendrás abogados y...

—No te esfuerces —le interrumpió el prisionero—. Conozco vuestros métodos. Harán conmigo igual que con tus padres, o fusilarme o mandarme a la Siberia para que se mueran de frío o de hambre. Peor lo segundo que lo primero.

El químico se volvió a Yegorov, interrogándole:

—¿A qué se refiere este hombre?

—A nada de importancia. Pretende ganar tiempo. Empezad. Lamento tu tozudez, pero la misión que me trajo a la fábrica era la de capturar a quienes intentasen ejercer el espionaje.

Los dos hombres se acercaron al caído. Uno le encañonó con un revólver de grueso calibre, mientras el otro, quitándole las esposas, le dejaba desnudo de medio cuerpo para arriba. La «Luger» cayó al pavimento. Richard fué a empuñarla, deseoso de morir de una vez y recibió una patada en la mandíbula que le derribó en tierra. Volvieron a ponerle los hierros cruelmente, clavándoselos en la carne.

Y entonces, en aquel sótano los dos verdugos, provistos de gruesos látigos, golpearon al caído, que resistía la tortura sin una queja.

—¡Basta! —ordenó Andrei.

Los cuatro hombres salieron cerrando tras de sí. Vance, con el cuerpo dolorido, se arrastró unos metros para tenderse sobre la ropa de que le habían despojado. ¡Aquello no era más que el principio! ¿Podría resistirlo?

Pensó en Black, en Jorge, en todos sus leales compañeros que confiaban en él y se sintió fortalecido.

Procuró distraer su imaginación pensando en sus familiares y amigos de Washington. Fidelidad, Bravura e Integridad. Espíritu de sacrificio. La vida carecía de importancia si se entregaba por una causa justa, por el bien común. Todos los postulados del

F. B. I.,

las enseñanzas obtenidas en la Academia, sus camaradas muertos en el cumplimiento del deber, desfilaron por la imaginación de Richard.

Volvió a sacarle de su abstracción el chirrido de la puerta. De nuevo entraban los dos agentes de la

N. K. V. D.,

y con ellos un hombre enfundado en una inmaculada bata blanca, que le tomó el pulso obsevándole los ojos y auscultándole el pecho. Tomó unas anotaciones y se marchó, no sin advertir al prisionero:

—Ceda. Es un consejo.

Tornaron a apalearle. Aquellos individuos procuraban que no quedase en su cuerpo ni un solo espacio de carne en la que no hubiera alguna moradura. A los quince minutos, salieron, dejando a Vance solo, entregado a una sorda desesperación.

Maldijo a sus guardianes y pensó que en idénticas circunstancias él no habría dejado de probar nada para conseguir una información semejante a la que él se negaba a dar. Los sentimientos y hasta las leyes están muy debajo de las atribuciones —nunca reveladas— de los servicios de espionaje y contraespionaje.

No querían matarle. Su vida era demasiado preciosa. Las palabras del médico repercutieron en sus oídos, como si acabase de escucharlas:

«Ceda. Es un consejo».

¿Tan cobarde que vacilaba ya desde el principio? Se hizo fuerte. Moriría dándoles un ejemplo de lealtad y valor.

Escocíale el cuerpo. Conservaba intacta la cara, sin una señal. Eran previsores y repudiaban los signos demasiado externos, fáciles de apreciar en la sala de un juzgado.

¡Olga! ¿Cuál sería su destino con un hermano traidor y un verdugo?

Devanábase los sesos buscando un procedimiento para escapar de allí y tembló por vez primera al pensar que los ánimos le faltaran. Él era solo. Sus compañeros muchos, algunos casados y con hijos.

Un sudor frío le invadió. ¿Se estaba volviendo cobarde?

No pudo ocultar un estremecimiento al ver que la puerta se abría de nuevo...

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡NO TIENEN RIVAL!

¿POR QUE? PORQUE LAS DEFIENDEN

Jack, agente del F. B. I.; **Bill Boy**, un muchacho
como hay pocos, y **Sam**, el hombre de la risa.

IX



QUELLA mañana, Olga Maxinovna, apenas se levantó, se puso en comunicación con su hermano desde el hotel donde residía. Su curiosidad era grande por contemplar las maravillosas instalaciones técnicas de la fábrica de la que era director. Tuvo que suplicarle mucho para que se lo autorizase y al fin, desde el otro lado del hilo, Alexi accedió, no sin advertirla:

—No llegues después de las doce porque es la hora en que se hace el relevo y no pueden pasarse consignas de ese tipo. Yo avisaré al jefe de la guardia para que no te pongan obstáculos. Seguramente estaré dormido. Pregunta por Andrei. Conoce esto tan bien como yo. Ven en trineo hasta la primera alambrada. Desde allí seguirás a pie.

La muchacha colgó complacida. En los últimos días de navegación notó un cambio extraordinario en el comportamiento de su hermano, viéndole más afectuoso, más íntimo, aunque sin prescindir de su actitud de reserva. No contaba con el permiso y se alegró de recibirle. Sin embargo, ignoraba que Alexi no tenía intención de concedérselo y que si lo hizo fue porque Yegorov se lo ordenó con una seña.

—No me gusta que venga. No tengo en ella confianza.

—Tal vez nos sirva, sin hacerla ningún daño, para reducir a Vance. Es un hombre de hierro y dudo que podamos doblegar su voluntad —respondió el comisario, pensativo—. Va a ser una dura prueba, mas hay que intentarlo todo. Es demasiado importante y no podemos descuidar ninguna probabilidad.

Callaron los dos hombres. Alexi dijo:

—Me voy a descansar un rato. Pasé toda la noche en vela y necesito los nervios firmes para los experimentos de la tarde.

Quedó Andrei solo. ¡Otra vez los intereses del estado por encima de los suyos propios! ¿Qué pensaría de él Maxinovna cuando se enterase?

A las dos horas tuvo la respuesta de una forma inesperada.

Estaba la muchacha conversando con él amigablemente, después de recorrer algunos laboratorios, cuando se abrieron sus ojos desmesuradamente, mientras, incrédula, cogía un objeto plateado de encima de la mesa. ¡Era la pitillera de Richard! Muy pálida miró a Yegorov que inclinó la cabeza afirmativamente, respondiendo a una pregunta no formulada de viva voz.

—¿Le habéis cogido? ¿Dónde? ¿Cómo?

—Intentando robar la caja que contiene las fórmulas de fabricación —fué la dura respuesta del comisario.

—Pero... ¡no es posible! Se quedó en Moscú al marchar nosotros. No le he visto desde entonces.

Queriendo probar hasta qué punto Olga era sincera, Andrei respondió:

—Hablaste también con él. Viajó en el mismo tren y barco que nosotros.

La muchacha, atónita, dijo:

—No te burles de mi dolor. La espina más cruel de este viaje es la separación. Si fuese cierto lo que dices no le habrías atrapado

porque yo le hubiese impedido venir en busca de la muerte.

—Era el inválido con el que conversaste tantas veces en el puente y al que yo abofetee.

—¡No! —Más que una negación fué un alarido el que dió la joven—. ¡Él no es capaz de soportar una afrenta así! —Se detuvo. Acababa de revelársele la verdad—. A no ser que...

Inclinó la cabeza sobre el pecho. Comprendía lo grande del sacrificio de Richard, su elevado concepto del deber. Con la voz emocionada, temiendo la respuesta, inquirió:

—Y... ¿vive?

La respuesta fué dura, estudiada:

—Sí, aunque me temo que no por mucho tiempo. Se ha obstinado en no hablar y necesitamos su declaración. El departamento de la fábrica de la

N. K. V. D.,

se encargará de soltarle la lengua por cualquier procedimiento. Me repugna que le traten mal y le he ofrecido todas las garantías si firma una declaración de culpabilidad. Se niega a hacerlo. No soy responsable de lo que suceda.

Maxinovna escuchaba, sintiendo que por su frente resbalaban gotas de sudor. Como alucinada escuchó la voz implacable de Yegorov:

—Es un valiente y no le guardo rencor, Olga. Comprendo que te hayas enamorado de él. Es merecedor de tu cariño. Me duele saber que sufre y lo que le espera, pero no puedo hacer nada.

—¿Ni aunque yo te lo pidiera, Andrei?

—Ni aun así. Está por encima de mí.

La joven se retorció las manos, presa de la más viva desesperación. Jamás creyó que le amara tan intensamente.

En el despacho reinaba el silencio. Yegorov encendió un pitillo. Lo necesitaba. La pena de la mujer le oprimía el alma. Oyó con espanto cómo Olga decía:

—Si le salvas, si facilitas su fuga, te daré cuánto soy y cuánto tengo. Mi vida y mi cuerpo. Seré tu esclava hasta la muerte. Te obedeceré siempre.

El hombre experimentó una sacudida extraña en el corazón. ¡Olga no podía llegar más lejos en su sacrificio! Admiró la fuerza de un amor, por encima de egoísmos, generoso, sacrificado, y por vez

primera experimentó envidia de Richard. Por ser querido así, él, el ser frío, despótico, autoritario, hubiese cambiado su puesto y su porvenir con el prisionero.

Repuso:

—No puedo, Olga. Además creo que pagas muy cara la vida de ese hombre.

—¡Tú no sabes de estas cosas! Perteneces a una generación de estatuas. Cuando se ama de verdad siempre es pobre el precio de la felicidad que quien adoramos. Daría por Richard hasta la última gota de mi sangre, hasta mi último aliento —cambió el tono de su voz por otro implorante—. Si alguna vez me has querido, Andrei, si aún queda bondad en tu corazón, sálvale. ¡Te lo suplico de rodillas!

La muchacha era una estampa viva del dolor. Yegorov se incorporó, levantándola del suelo. La acarició como a una niña:

—Vamos... ¡cálmate! No se consigue nada llegando a tales extremos. A todo esto sólo veo una solución, y él no quiere. No ha de firmar ningún pliego de falsedades, sino la verdad. Que pertenece al Departamento Federal de Investigación y que está en Moscú en servicio de espionaje. Te doy mi palabra que se le juzgará permitiéndole defenderse. De todas formas tendrá que reconocer su culpabilidad y será, peor para él. Le he hablado sinceramente, sin resultado. Es el único camino. Confesar su delito y el nombre de sus cómplices.

Las últimas palabras fueron dichas como si no tuviesen importancia. Olga comprendió que ahí estaba la clave de la resistencia de Richard. Preguntó:

—¿Puedo verle? Tal vez a mí me escuche.

Sabía ya de antemano que era inútil; más tan grande era su deseo de abrazarle que fingió. Yegorov, pensativo, replicó:

—Sí..., creo que sí.

Por un momento pensó dar la orden de que vistieran al preso, desatándole, pero, aun doliéndole en el alma, la pena que iba a producirle a la muchacha, decidió que mejor era que le contemplase desgarrado. Quizá sus lágrimas quebrantaran la entereza del detenido.

—Vamos. Prepara tu ánimo. Te hará falta.

Descendieron al sótano. Yegorov dió orden al centinela armado que se paseaba por el pasillo para que abriese la puerta y luego, no

queriendo contemplar la dramática escena que sin duda iba a desarrollarse, dejó que penetrara sola Olga, diciéndole al guardián:

—Dentro de quince minutos la haces salir, ordenándola que suba a mi despacho. Trátala bien.

—A la orden, camarada.

Y el comisario, entristecido, se dirigió al pise superior.

En el calabozo, Richard Vance creyó por un momento que volvían a torturarlo. Su asombro no tuvo límites al ver entrar a la mujer que lo representaba todo para él. Gritó:

—¡Tú aquí!

Ella, sollozando, se arrodilló junto al hombre, besándole apasionadamente. Luego, separándose levemente, contempló el cuerpo cubierto de llagas.

—¡Bestias!... ¡No son personas! ¡Peores que animales dañinos! ¿Son ciertas las acusaciones que sobre ti pesan?

—Sí. Fui sorprendido. Ahora que sé que voy a morir, escúchame. Tengo fe ciega en tu fidelidad. Además yo negaría haberte dicho esto. Mi primer contacto contigo fué buscando alguien que vigilase a Yegorov. Pertenezco a la red de espionaje norteamericano. Recluté a mis auxiliares en los que sufrían, en los que contaban en su familia asesinatos y deportaciones. Precisaba unos documentos que poseía Andrei. Luego me enamoré de ti. La misma noche en que administré el «penthonal», fracasando, al comisario, recibí la orden de trasladarme a

Pai-Koí.

Sabía que tu hermano estaba designado como director de la Fábrica de Productos Químicos, pero no creí que te permitiesen acompañarle. Te vi en el tren y no quise mostrarme para evitarte riesgos. Lo demás... ya te lo han contado. Me faltaban minutos para abrir la caja de caudales. Después te hubiera ido a buscar al hotel, huyendo a América. A última hora todo falló. Hay que resignarse.

—Firma lo que pretenden. No conoces a esta gente. Te matarán y tu agonía será espantosa. Piensa en ti y en mí.

Rompió en un llanto entrecortado. Su cuerpo joven se convulsionaba.

—¡Perros! Recurren hasta lo último.

Richard sentíase desolado. Preguntó:

—¿Me querías cobarde? Son más de treinta hombres los que

morirán si yo hablo. Todos han confiado en mi lealtad, salvándome de situaciones desesperadas. No seré traidor aunque me despedacen vivo.

Su voz era firme. Ella, poniendo sobre su pecho la cabeza del amado, murmuró:

—Te quiero más ahora que sé de tu generosidad...

Permanecieron callados unos segundos, gozando de la dicha de amarse. Se miraban intensamente, cual si quisieran mutuamente grabar en sus pupilas la figura adorable del ser querido.

La puerta se abrió, apareciendo en ella el chekista que montaba la guardia.

—Vamos —dijo— pasó el tiempo concedido y el jefe quiere que subas a su despacho.

Salió como un autómata, sin mirar a Richard. No quería mostrarse cobarde a sus ojos. Él le agradeció el gesto. Le pesaba cruelmente en el corazón el bárbaro dolor de la muchacha.

Ya en el despacho, Yegorov tenía dispuestas dos tazas de «samovar» humeante y le ofreció una a la muchacha, que la rechazó con un gesto digno:

—No. Richard sufre, careciendo de todo.

Andrei, comprendiendo la grandeza de los sentimientos de la joven, no replicó. ¡Quién pudiera alcanzar un amor semejante!

—Haz algo por él.

El Comisario respondió:

—No está en mi mano. Hemos comunicado ya su captura a Moscú. ¿Firmará?

—¡No!

—¡Le espera una suerte terrible! ¿Por qué no le convenciste?

—Le despreciaría traidor.

Otra vez el silencio, mas ahora cargado de angustia en el corazón de Yegorov. Su alma comprendía el sacrificio. Murmuró:

—Será demasiado terrible...



¡DIBUJOS ESTUPENDOS!
¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!
¡PRESENTACION EXQUISITA!
Sólo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

X



A noche había caído densa sobre los montes de Pai-Koí.

En derredor de la fábrica sonaba un viento frío y huracanado. En la agreste soledad del paisaje, el edificio destacábase con las luces encendidas de sus ventanas, cual sí fuesen gigantescos ojos dispuestos a velar por misteriosos hombres. Más allá del Círculo Polar, frente al Océano Glacial Ártico, casi en plena tundra, los elementos parecían enloquecidos.

Superior a la desolación que imperaba en el exterior era la que Richard Vance, el bravo agente del F. B. I., estaba padeciendo desde que viera salir para siempre a Olga Maxinovna.

Llevaban sin torturarlo muchas horas, hasta el extremo de que

tornó a sentirse fuerte. Pese a su desnudez no tenía frío, pues la fábrica contaba con una magnífica calefacción de aire caliente.

Le llevaron agua y comida, que consumió deseando encontrarse fuerte y se dispuso a dormir, fracasando. Una angustia torturábale el corazón: la de si en un momento de debilidad denunciaba a sus compañeros.

Oyó fuera el ruido de pasos y luego un golpe seco. A continuación Alexi entró en la celda, abriendo las esposas con una llave.

—¿Qué haces?

—No podemos perder tiempo en explicaciones. Vístete y salgamos.

—¿Llevas los documentos? —inquirió Vance.

—No podemos detenernos. Interesa salir del país. Acabarían haciéndote declarar y hay muchos hombres del Servicio Secreto en Rusia.

La personalidad del hermano de Olga habíase transformado de pronto. Hasta el tono de su voz era distinto.

Richard Vance obedeció con la máxima velocidad. Alexi le entregó la «Germán Luger» y por un instante las manos se rozaron. El agente del

P. B. I.,

se la estrechó con emoción mientras oía:

—A matar. Tenemos que salir de aquí antes de que nos descubran.

Subieron la escalera con paso de lobo, recorriendo un pasillo. En el «*hall*» dos hombres les miraron con asombro. El hecho de que el preso llegara acompañado del director les hizo vacilar.

Encañonados por Richard, Alexi les derribó de certeros culatazos. Fuera, un bulto se aproximó a ellos. Era Olga Maxinovna.

—Lo difícil será pasar al centinela.

Alexi sonrió en la sombra. Llegaron hasta la primera alambrada, donde les dieron el alto. Los soldados se cuadraron al ver al hermano de Olga, el cual les mostró los salvoconductos. La fuga salía a las mil maravillas.

Transpusieron todas las guardias del mismo modo. Richard se dirigió hacia Kabarovo, pero un brazo se posó por el suyo:

—Nos capturarían. Por allí esperan que huyamos. La tundra es el

mejor camino.

—Nos aguarda un barco en el estrecho de Kara —opuso Vance.

—No te preocupes, Richard. Confía en mí.

Los tres caminaron por la nieve unos cientos de metros hasta alcanzar dos trineos con magníficos equipos de perros. Un hombre les salió al encuentro y, aunque enfundado en pieles, el del

F. B. I.,

reconoció a Black, su compañero inseparable de Moscú. Éste bromeó:

—La primavera es deliciosa por estos lugares.

Rieron los cuatro y a poco los vehículos, provistos de ropa y alimentos, se fueron alejando lentamente de las montañas, penetrando en la tundra desierta y helada.

Richard y Olga iban en un coche. Alexi y Black en el otro.

Nadie hablaba. Interesábales poner entre ellos y los miembros de la

N. K. V. D.,

la mayor cantidad posible de millas...

Se detuvieron al amanecer para dar un descanso a los perros, instalando una pequeña tienda de campaña donde se resguardaron del aire helado. El cielo seguía cubierto de negras nubes.

—Tendremos temporal —opinó Alexi mientras calentaba unas tazas de té en una pequeña estufa de petróleo.

—Es posible, pero... —dudó Richard.

Los tres le miraron apremiándole con el gesto a que hablase.

—Pues... que hay en todo esto muchas cosas que no soy capaz de explicármelas. Por ejemplo, la transformación de Alexi, le presencia de Black y la razón por la que nos separamos de donde nos aguardan nuestros amigos para llevarnos a América.

El hermano de Olga respondió sonriendo:

—Soy un buen comediante y os engañé a todos. Cuando me detuvieron me creí perdido, pero una tarde me condujeron a un quirófano, practicándome una intervención en el cerebro. Había oído mucho sobre la «leucotomía» como procedimiento efficacísimo para transformar la personalidad del individuo. Me trasladaron a un cuarto, proporcionándome toda clase de cuidados. Hombres, que se decían mis amigos, iban a verme llevándome cigarrillos, hablándome del magnífico régimen ruso y de la obligación común

de trabajar para él. Ye estaba medio aturdido, pero poco a poco iba recobrando mi lucidez. Me formé un plan. La operación había fallado. Para ellos un éxito completo. Se confiaron concediéndome una relativa libertad. En Moscú una tarde llegó Black diciéndome que si le acompañaba a ver a mi hermana. Le obedecí. Había llegado mi gran oportunidad, pero no contaba con mis sentimientos.

Alexi hizo una pausa para proseguir de nuevo:

—Pensé no reconocerla y mi corazón pudo más que mi cerebro. A la mañana siguiente denuncié el hecho. Fué la última prueba que les convenció de mi lealtad. Odiaba a mis verdugos, a los de mis padres. Padecí mucho durante el viaje viendo sufrir a Olga, que se creía sola, abandonada de todos. Hay más que ignoras, Richard. Desde el año 1945 soy miembro del Servicio de Información de los Estados Unidos y trabajo a las órdenes de quien, como tú, me creía enloquecido. Horas antes de partir le expliqué mi plan, y mandó a Black con nosotros, aunque por distinto camino: el del aire. Mi proyecto era robar los informes secretos y cuantas fórmulas juzgase de interés y huir a América. La helada península de Jalmal es, quizá, con

Fai-Koi,

el centro más importante de experimentación rusa. Nadie es capaz de descubrir las fábricas ocultas en subterráneos. La última incógnita, Richard, quiero que constituya una sorpresa para ti.

El agente del

F. B. I.,

extendió la mano a quien acababa de hablar:

—Perdóname. Te juzgué cobarde.

Conversaron, y en las primeras horas de la tarde reanudaron la marcha, sin que la tormenta se hubiese desatado.

La tundra se ofrecía desértica a sus ojos. Llevaron más carga al trineo de los dos hombres, para que Olga pudiese descansar dentro de él sin acortar la velocidad. Richard, agarrado al pasamanos, azuzaba a los animales, corriendo con ellos, empujando en las subidas y dejándose deslizar en los descensos.

Avanzaron hasta muy entrada la noche, haciendo otro breve descanso.

Black se encargó de alimentar a los perros, proporcionándoles comida caliente, y luego cenaron ellos, acostándose en la tienda

sobre unas lonas absolutamente impermeables, no sin antes disponer un turno de guardia.

El peligro parecía remoto, pero ninguno ignoraba que el enemigo llamábase Andrei Yegorov.

A la mañana siguiente los trineos volaban por la estepa. El viento había cesado.

Alexi y Black marchaban delante, marcando el camino, y se iban desviando hacia la costa. Aunque sus deseos de alejarse eran grandes, hubieron de descansar para dar otro descanso a los magníficos perros. Y en ese instante Richard miró a lo lejos, dando la voz de alarma. A menos de trescientos metros avanzaba un vehículo conducido por un solo hombre.

Esperaron hasta tenerle muy cerca.

El desconocido se acercó a ellos con paso firme. Todos le reconocieron. ¡Era el subjefe del «sovnarkom»!

Tanto se acercó que Black esgrimió su pistola. Yegorov llevaba la suya firmemente empuñada. Habló enérgico:

—¡Vengo a deteneros, traidores! Deponed las armas.

Olga Maxinovna intervino, angustiada:

—No seas loco, Andrei. Te matarán. Desvíate de nuestro rumbo y di cuando vuelvas que no nos encontraste.

—Apártate. Yo no soy un cobarde.

El revólver del comisario disparó por dos veces. Black, antes de caer con el pecho atravesado, hizo fuego y el proyectil se clavó en el corazón de Yegorov, que se dobló bruscamente. Airado, Richard vació el cargador sobre aquel hombre. Luego se inclinó a recoger a su camarada. Alexi se le adelantó, transportándole en sus brazos.

Olga Maxinovna aproximóse a Andrei, que, desde el suelo, teñido en sangre, la miró un segundo. Dijo:

—Vine a buscar la muerte. Me habéis vencido, me habéis vencido ya al negarme tu cariño.

Su voz se quebró entre rojos borbotones. La muchacha, compadecida del hombre valeroso, le limpió la boca, diciéndole:

—Yo te quiero, Andrei, como a un hermano, y siempre te recordaré, pidiendo a Dios por ti.

—¡¡Dios!! Envidio vuestra fe, algo que soy incapaz de sentir. Sin embargo... hazlo... Me consuela saber que...

No pudo terminar. Yegorov, el hombre íntegro que consagró su

existencia a un ideal, acababa de morir. Maxinovna sintió que por sus mejillas deslizábanse gruesas lágrimas. Trazó sobre la frente del caído la señal de la Cruz, murmurando:

—Que el señor te perdone como yo lo hago.

Se incorporó. Acababa de acordarse del herido. Se acercó a uno de los trineos. Los rostros rígidos de su hermano y de Richard fueron más elocuentes que las palabras. El heroico agente norteamericano había fallecido en el cumplimiento del deber...

Hicieron una sola tumba en el hielo, depositando allí los dos cadáveres. En el reino de la muerte se acaban los odios y empieza el dominio de la eternidad...

Continuaron caminando tristemente, y la nieve comenzó a caer, como si el cielo enviase su blanco mensaje sobre el sepulcro...

Días y días de brutal marcha, sin hablarse apenas, con el cuerpo aterido de frío y el recuerdo puesto en el compañero que quedaba atrás, protegiendo con su vida la alucinante fuga a través de la tundra.

En las noches pasadas bajo la tienda oían lejanos los aullidos de los lobos, recordándoles que el peligro seguía latente.

Y una tarde feliz llegaron junto al mar; Alexi explicó:

—Estamos entre la bahía de Petehora y la isla Dolgoi, junto a la línea fronteriza de la provincia del Norte o Arcángel. Sigamos por la costa. Hemos de encontrar una embarcación.

Casi anochecido tuvieron la inmensa alegría de dar el primer paso a la libertad, poniendo el pie sobre la cubierta de un buque de carga que enarbolaba bandera sueca. Salió Jorge a recibirles, y él y Richard se fundieron en un fuerte abrazo.

—¿Black? —inquirió el primero.

Vance inclinó la cabeza con dolor, en una muda respuesta más elocuente que todas las palabras.

Y Olga Maxinovna vió cómo por las mejillas de los dos hombres rodaban gruesas lágrimas...

Llevaban dos días de navegación, en un mar ligeramente picado. El navío surcaba las aguas rumbo a Noruega.

Acodados en el puente, Olga Maxinovna y Richard Vance, con las manos unidas, insensibles al rigor de la temperatura, hablaban de su vida futura, forjando planes para el porvenir.

—¿No te importará ser la esposa de un agente del

F. B. I.?

El sueldo no es muy grande, y la tranquilidad, a veces, ninguna. Aunque protegidos por la Ley, en ocasiones nos vemospreciados a enfrentarnos con criminales sin escrúpulos. Es un constante servicio a la patria.

—Sólo me importa tenerte a mi lado. Policía o ladrón, mi cariño no morirá jamás, porque es eterno.

—Querida...

Richard rodeó con su brazo el talle de la muchacha, atrayéndola hacia sí. Y en ese instante, cuando sus labios iban a fundirse en un beso, Vance contempló cómo, a unos cien metros, emergía un submarino. Con los ojos agrandados por la sorpresa vió cómo se abría la escotilla, apareciendo varios hombres que maniobraron con el cañón ligero de cubierta.

El agente del

F. B. I.,

fué a dar la alarma, pero ya el capitán estaba a su lado.

Un proyectil explotó a proa del navío, dándole claramente la orden de detenerse. El capitán gritó:

—¡Paren las máquinas!

Uno de los oficiales corrió a un tubo acústico a dar la orden mientras Vance increpaba:

—Hemos de seguir adelante. No podemos morir como cobardes.

—Domine sus nervios. Yo sé bien lo que me corresponde hacer.

Las duras palabras contuvieron a Richard, el cual vió cómo Alexi y Jorge se dirigían a proa, maniobrando debajo de una lona grande que parecía encubrir barriles amarrados a cubierta por falta de sitio en la bodega.

El sumergible, muy despacio, se iba acercando.

A unos veinticinco metros se detuvo, y por el megáfono, hablaron en ruso comunicando que pasaban a registrar el barco. La respuesta, dada en el mismo idioma por Richard, que traducía fielmente las palabras del capitán, fué para protestar por el inicuo atropello. Sin embargo, ante la amenaza de torpedear el buque accedieron.

Una lancha se destacó del submarino, mientras que uno de los oficiales ordenaba algo a la tripulación.

Olga Maxinovna veía en aquellos hombres el destierro a la Siberia, la separación del ser amado, el fusilamiento de su hermano. Gritó:

—¡No!... ¡No!

—Tranquilízate. Te prometo que no nos cogerán vivos.

Amartilló la pistola en el bolsillo. El capitán, al observarlo, le dijo:

—Prométame no hacer sino lo que yo le mande. Le aseguro que no se arrepentirá.

—Bien, más nunca iré voluntariamente con ellos. Somos nosotros lo que buscan.

Seis hombres, mandados por un teniente de aspecto altanero, irrumpieron en cubierta. Llevaba en la mano varias cartulinas. Dijo:

—Lamento tenerle que arrestar a usted también, capitán. Cobija y favorece la huida de espías. La flotilla de vigilancia de estas costas recibió por telefoto la identidad de dos hombres y una mujer, con la orden terminante de capturarlos —volvióse a Richard y a Olga para añadir—. Su presencia me inclina a creer que el otro está también aquí.

—Fuera de las aguas jurisdiccionales los barcos rusos carecen de autoridad. ¡Estamos protegidos por el pabellón de mi patria! Mi gobierno formulará una enérgica protesta.

—De todos modos, dentro o fuera de la ley, nos asiste una razón suprema: la del más fuerte. Ponga proa al estrecho de Vaigatch. Le daremos escolta. Al menor signo de traición les hundiremos.

El capitán meditó unos segundos, antes de responder por mediación de Richard que servía de interprete:

—Obedezco.

Mas aún quedaba lo peor. El oficial ruso, mostrando la fotografía de Alexi conminó:

—Debe acompañarnos también.

—No irá nadie con ustedes, dígaselo Richard y disponga sus razones. Yo tengo las mías a punto.

Dos pistolas de reglamento habían aparecido en las manos del bravo marino. Los soviéticos quisieron resistirse, pero varios hombres armados de rifles les rodearon. Y en ese instante la lona de popa cayó descubriéndose un cañón, servido por dos marineros y Alexi y una ametralladora pesada, que apuntaba a la torreta del

submarino.

Una ráfaga de balas sembró la muerte a bordo del sumergible mientras que un grueso proyectil se clavaba en la misma línea de flotación. El tiburón de acero se estremeció, inclinándose a babor. Jorge, detrás de la ametralladora, disparaba frenético contra los asesinos de Black.

En la escotilla del navío ruso hubo unos segundos de desconcierto.

Varios marineros dispusieron a usar el cañón. No llegaron a él, pues un nuevo disparo desde el barco deshizo el arma produciendo una feroz carnicería.

El oficial y sus subordinados presenciaron, con los ojos abiertos por el terror y el asombro, cómo el submarino se hundía lentamente bajo dos nuevos proyectiles. Tan inesperado y rápido fué el ataque que no tuvieron tiempo de lanzar un solo torpedo.

—Tradúzcales, Richard, que pueden marcharse en el bote. Diga, que no hemos hecho sino defendernos de una agresión brutal.

El aludido obedeció, explicando al capitán:

—Suplican que le dejemos en un puerto ruso. Dicen que la lancha está construida de materias plásticas para que no ocupe sitio en el sumergible. Creen que no llegarán con vida a la costa.

—¿Usted que opina, Richard?

—Creo que si nos capturan moriremos todos. Ya lo ha oído antes. Hay una flotilla pretendiendo cazarnos. Volver es peligroso. Tampoco podemos llevarlos con nosotros. Déles un bote más sólido y provisiones.

—Buena idea —aprobó el capitán.

Una hora después, desembarazados de los rusos, charlaban en el puesto de mando.

—¿Cómo adivinó lo que iba a suceder?

El bravo marino, señalando a Alexi, respondió:

—Me puso sobre aviso. Al parecer, tienen un gran empeño en capturarles. Por fortuna, todo resultó bien. ¿Quieren acompañarme a cubierta? Vamos a izar nuestra bandera, la norteamericana.

Les aguardaba la tripulación en el puente. El capitán dió una orden:

—¡¡Firmes!!

Con el corazón rebosante de ternura, sintiendo que las lágrimas

afluían a sus ojos, Richard contempló cómo la enseña de su patria —barras y estrellas— ondeaba en lo alto del palo mayor. Volvióse a Olga Maxinovna:

—He ahí algo por lo que se puede perder la vida, algo por encima de la muerte.

Hubo un largo silencio.

—¡Rompan filas!

La voz sacó a Richard de su abstracción. Miró a Jorge y le vió con la mirada perdida hacia la costa, tal vez pensando en Black. Se acercó, poniéndole una mano sobre el hombro:

—Él ha ganado la inmortalidad.

La vida en el barco siguió su ritmo normal. El navío bordeó el macizo escandinavo, penetrando en el Océano Atlántico, en donde, por fin, se vieron libres de peligros.

El capitán llamó a Richard Vance, diciéndole:

—Nos detendremos al norte de Inglaterra, un hidroavión les recogerá a ustedes.

El agente comunicó la noticia a sus compañeros, gozoso ante la idea de verse pronto en su país. Olga y Alexi se miraron tristemente, y Jorge y Richard respetaron su silencio. Comprendían el dolor de los jóvenes. Detrás dejaban toda una familia sacrificada, seguramente muerta.

Solos en cubierta, Vance dijo a su prometida:

—No te aflijas. La vida es implacable. Nuestros hijos recibirán la recompensa del dolor que te atenaza ahora. Dios quiera que para ellos se ofrezca un porvenir mejor.

El mar en calma brillaba hermosamente a los reflejos de un sol que se iba perdiendo en él infinito...



EPILOGO

En Washington, Nicolai Tevosian se arrojó por una de las ventanas del laboratorio en que trabajaba cuando dos agentes del F. B. I.,

pronunciaron ante él las aterradoras palabras:

—Queda usted detenido en nombre de la Ley. Paul Blencher, por su parte, se dejó arrestar con una sonrisa irónica, hurtando, sin embargo, su rostro a la cámara fotográfica de los reporteros, ávido de noticias, informados, nadie sabía de qué forma, de las detenciones sensacionales.

En Nueva York, Chicago, Detroit, Buffalo y en las capitales de los distintos Estados americanos, el Federal Bureau of Investigation arrestó inesperadamente a respetables ciudadanos.

La redada había sido completa.

—Mi enhorabuena, Vance. Facilitó usted la labor de nuestros hombres. El

F. B. I.,

de Washington descubrió anoche una relación de agentes soviéticos.

—No, inspector. MI labor ha sido totalmente nula. Ya le he referido la aventura. Los últimos sucesos fueron terribles. ¿Han concedido ya el permiso necesario para que Alexi y su hermana se residencien en nuestra patria?

—Sí. A ella ha sido más fácil —replicó sonriendo el inspector—. La esposa de un agente del

F. B. I.,

debe ser honrada y respetada.

Richard sonrió abiertamente:

—Pretendía sorprenderles, pero son ustedes muy finos sabuesos para que nada se les escape. Y ahora yo quería pedirle...

—Lo tiene también, Vance. El Estado Mayor le otorga tres meses

de descanso. Todos deseamos que su luna de miel le compense de las privaciones y peligros pasados. ¡Enhorabuena! ¿Cuándo va a ser la boda?

—Dentro de diez días.

—¿Tan tarde?

—Sí; necesito rehabilitar mi nombre periodístico. Publicaré varios artículos sobre vida y costumbres de la

U. R. S. S.,

bien distintos a los que enviaba desde allí. Después llevaré a mi esposa a que conozca Florida y Nueva Orleans. Gracias, inspector.

Las dos manos se estrecharon cordialmente.

Fuera ya del Palacio de Justicia, aguardaba un automóvil, en cuyo interior Olga Maxinovna miraba ansiosamente las anchas escaleras de piedra del monumental edificio. Al ver aparecer en ellas a su prometido, su rostro se iluminó con una sonrisa.

Richard Vance, penetrando en el vehículo, ante las miradas burlones de los transeúntes, besó a la mujer en la boca, murmurando:

—Todo bien, querida. Ahora podremos ser felices...

Una lágrima de alegría se deslizó de los negros ojos de Olga...



JOHN L. MARTIN

el autor de reconocida fama internacional, escribe ahora para esta Colección, aportando su inimitable estilo y su concepción dinámica de los argumentos.

Gangsters de guante blanco

Es la obra que aparecerá en el próximo número, aportando una esperada emoción en los lectores.

Gangsters de guante blanco

nos presenta a un hombre diabólico, rico y cínico, que tiene a sus órdenes una cuadrilla de desalmados asesinos. El F. B. I. ignora su existencia hasta que un Agente Especial...

NOTAS

[1] Coche de caballos para dos personas. < <

[2] Trabajos forzados en Siberia. < <

[3] Hambre, frío. < <

[4] Consejo de Comisarias del Pueblo. < <

[5] Comisarios de Asuntos Interiores. < <

[6] Espacie de caldo, que se sirve en tazones. Alimento que, al estilo ucraniano, es muy popular en Rusia. < <

[7] En Rusia son llamados «shanghais» los barrios míseros. < <

[8] ¡Abajo! ¡Fuera! < <

[9] El Poder. < <

[10] Pase. < <